

Luz y sombra

Kristina Martínez

PRIMERA PARTE

HABLEMOS EN PRIMERA PERSONA

No, no estoy loca, tampoco tonta, no me invento nada. A veces me hago la tonta, pero estoy más consciente de lo que muchos y muchas piensan.

Sólo estoy buscando el mejor de los métodos, estrategias, dinámicas, o no sé qué chingados, para abrir mi mente, mi corazón, mi espíritu y mis recuerdos sin que éstos estimulen grandes confusiones ni sentimientos encontrados.

Bueno, la neta, sí estoy bien loca y me encanta estarlo. Soy ambigua, frágil, paradójica y a veces tosca. Me llamo KM.

Soy mujer, madre, artista, amante, consciente, comprometida y apasionada.

MIS PATRONES SON LA REPRESIÓN,
LA IGNORANCIA, LA OPRESIÓN, LA INJUSTICIA
Y LA VIOLENCIA

Hace no mucho tiempo descubrí que en momentos de depresión siempre repito el mismo comportamiento: me aísló en un mundo de gigantes.

“¿Dónde estás, mamá?” Mi madre siempre contaba, con sentimientos encontrados, lo difícil que le resultaba dejarme en casa durmiendo para llevar a mi hermana al kínder en la mañana. Cuando mi madre tenía veinte años, contaba a las personas cercanas cómo

me encontraba sentada en una esquina de ese gran ventanal del comedor con la cara llena de lágrimas y, debajo, mi vecina de toda la vida victimizándome o queriéndome consolar.

Cuando mi madre relataba esto con tanto sufrimiento, yo experimentaba culpa y tristeza.

Me imagino a los cuatro años en aquel rincón, de rodillas y llo-rando. ¡Con seguridad me sentía abandonada en un mundo de gigantes!

Me sentía invadida.

Así es mi víctima interior hasta ahora. Cuando logro visualizar el momento justo en que mis ojos de cuatro años ven a mi madre, ella viene caminando con su pantalón rojo y su blusa blanca, allá, sobre ese andador que separa los jardines de mi infancia.

Mi acta de nacimiento dice que mi madre me dio a luz el 24 de julio de 1973 a las seis de la tarde, con un médico de familia que no recuerdo haber visto en mi vida. Soy la segunda hija de una familia con tres hijos. No sé mucho de los orígenes de mis padres, pero al parecer mi madre nació en Toluca, y mi padre es bien chi-lango. Los dos crecieron en barrios marginales al norte de la ciudad de México. Algunas veces, de niña, al pasar en carro, mi padre nos mostraba la vecindad en la que mi madre creció con sus nueve hermanos y hermanas. Era una construcción gris, con tinacos y un zaguán grande, negro y viejo. Nunca entramos, pero recuerdo que mi inocencia no me permitía menospreciar ese lugar y, al contrario, ponía atención a los geranios rojos y rosas que crecían en cubetas en aquella azotea. Mi madre era mi heroína en esa época, la encontraba extremadamente hermosa y solía disfrazarme de ella sin que se enterara.

Ella hablaba de ese cuarto oscuro y de la cama que tenía que compartir con sus cinco hermanas. También nos contaba cómo, algunas noches, tenía mucho miedo al ver las ratas correr dentro de esa pequeña habitación.

Lamenta mucho no tener fotografías de su niñez, yo he visto sólo

dos o tres donde aparecen la abuela y el abuelo con algunos de sus hijos, con sus ropas y zapatos muy sucios y viejos.

La alegría más grande que conserva en su corazón es una vez que mi abuela le compró un vestido nuevo. Ahora que recuerdo el anhelo con que lo narraba, se me ocurre pensar que pudo haber sido sólo un gran deseo.

A veces tuvo que buscar zapatos viejos en la basura, a pesar de que su padre era zapatero. También se quejaba de esos zapatos horribles de suela de llanta.

El abuelo era mestizo, originario de San Juan Teotihuacan; la abuela, una mujer de la tierra, piel color de bronce y mirada dura.

Cuentan que mi abuelo la robó de su casa, la secuestró por unos días, pero cuando quiso regresarla, la abuela tenía tanto miedo de enfrentar a su madre que prefirió quedarse a soportar las infidelidades del abuelo, las golpizas, la pobreza, el alcoholismo, la sumisión, los embarazos no deseados, los hijos alcohólicos, las hijas sumisas, lloronas, los nietos descarriados, las nietas con embarazos prematuros, las separaciones y hasta la agonía de tres años del abuelo.

La abuela murió cuando yo estaba en Montreal. A distancia, la muerte de los seres queridos me pareció menos viva. Tal vez por eso me sigo quedando a distancia.

Cuentan que la abuela murió suspirando. La pobrecita mujer ya merecía su descanso, dicen los tíos.

A los veinte descubrí el barrio de mi padre. Allá, junto a unas vías del tren, se podía sentir la inseguridad, la violencia, la delincuencia y las adicciones de aquel lugar. Si mi madre cuenta pocas alegrías de su niñez, de mi padre apenas sé que empezó a trabajar muy chico para ayudar en casa.

Hace poco supe que mi abuela, por miedo al lugar donde vivían, dejaba bajo llave a mi padre, sus hermanos y hermanas en el cuarto en el que se quedaban, y así pasaban horas en la ventana viendo jugar a las chicas y chicos del barrio.

Mi abuelo trabajaba como mecánico en la compañía Dina, don-de

luego entró a trabajar mi padre para quedarse allí más de veinte años.

Es todo lo que sé del abuelo. Bueno, además de que mi madre siempre dijo tener un cariño especial por ese hombre que la tra-taba con respeto.

El tormento de mi madre era la abuela, cuya afición es el control de sus hijos e hijas, nietos y nietas que se dejan.

A pesar de ser una mujer fría, era la consentidora de mis primos y primas antes de que nos convirtiéramos en adolescentes, porque luego retomó su papel de chicotito.

No tengo la menor idea de dónde es originaria, pero mi abuela sigue en el planeta, con casi noventa años, aferrándose a la vida, y haciendo pasar corajes a sus hijos e hijas, que ya no tienen madre, sino una niña a quien cuidar y solapar.

Las fotografías que conservo como tesoros me dicen que soy hija de dos seres humanos que se casaron enamorados. Mis padres se ven con ojos de borrego a medio morir en sus fotografías de luna de miel en Acapulco.

No sé cuánto tiempo les duró el amor y, con seguridad, mi llegada no fue planificada. Mi madre nos contaba que en su embarazo se quejaba con su madre por el exceso de chamba en casa, escasez de dinero y el carácter de mi padre, a lo cual mi abuela respondía que eso era el matrimonio: penas.

Deduzco que mi gestación no fue placentera, pues mis padres discutían constantemente por cosas de familias. Mi padre, en ese tiempo, de repente venía a casa con amigos para jugar al dominó y pasaba los fines de semana echando tequila con tíos y tías. Eso nunca le agradó a mi madre. De hecho, se sigue quejando. A mí, en particular, de niña me resultaba muy divertido ir a casa de la abuela paterna, jugar con primos y primas, burlarnos de sus discusiones, risas y, a veces, de las lágrimas que llegaban con la nostalgia y el tequila y que nos sorprendían.

Claro que no faltó el tío que, haciéndose pasar por chido, me acosara sexualmente mientras me cuidaba.

Durante el choque psicológico que me provocó mi regreso a México, mi cerebro destapó este recuerdo enterrado. Siempre había creído que este tío era mi consentido; ahora sé con seguridad que me envolvió en tal teatrito, que yo vivía cierto tipo de romance que le permitió aproximarse a mí y acosarme.

Según sé, el parto fue rapidito, como dice mi madre, y desde ese primer día me pusieron mi primera etiqueta: “la bonita”, con la que crecí toda mi niñez jodiendo a mi hermana. Después me convirtieron en “la loquita”, por hacer uso de mi belleza y ser coqueta. ¿Y yo qué culpa tenía de ser bonita y de que los chicos respondieran a mis coqueterías?

Así fue como empezaron a llenarme de contrastes.

Después de mucho tiempo, la etiqueta “loca” tomó otro sentido más orientado a “desquicio mental”. Y todo porque no comprenden cómo una mujer puede andar por otros países sola, de seguro tomando drogas, cogiendo con mundo y medio, en fiestas, tomando, y a saber qué más; divorciada, con un hijo, y viviendo con quién sabe quién y, lo peor, diciendo que es artista y queriendo salvar al mundo.

Dicen que mi hermana y yo somos como el agua y el aceite. Creo que eso nos hicieron creer los vecinos y vecinas de la colonia, la familia y en la escuela. Odiaba a mi hermana por perfecta y ella no me soportaba por atractiva. Las comparaciones constantes nos separaron enormemente.

Me bautizaron y marcaron con la religión católica, de la cual me he ido deshaciendo con el tiempo. Siento que al tener el ejemplo de mi hermana, muy pronto me hice independiente para hablar, caminar, comer, bañarme.

Tengo muy clara mi evaluación de preescolar en la que tuve que cortar siguiendo diferentes tipos de líneas; las curvas eran las más difíciles. También había una piscina. Siempre he amado el contacto con el agua y aquella piscina me parecía enorme y en forma de culebra azul. Recuerdo la mordida de un perro, y a mi querida profesora Lulú, de quien conservo hasta la fecha un lindo pergamino de papel

albanene con unas líneas preciosas escritas a mano.

HOGAR, DULCE HOGAR

Viví y crecí en el mismo departamento pequeño y acogedor hasta mis veinte años.

¡Debí haberme ido antes!

A mis cuatro años, llegó mi hermano. Tengo muy mala memoria y no guardo recuerdos de su nacimiento. Me imagino que de bebé dormía en el cuarto de mis padres, porque yo compartí con mi hermana la recámara hasta los diecisiete. El departamento tenía tres recámaras. Mis padres se deshicieron de una de ellas antes de la llegada de mi hermano, así que al pobre después le tocó dormir en un pequeño pasillo frente a las recámaras.

La abuela, el abuelo, las tías, algunos tíos, primos y primas maternos vivieron y crecieron en la misma colonia. La falta de estudios y el poco criterio de mi madre para educarnos facilitaron la influencia de su madre y sus hermanas, a quienes contaba sus frustraciones como madre y sus sufrimientos de pareja.

La privacidad no existía y todos se entrometían en la educación de los niños y niñas de la familia. Nos juzgaban, criticaban, etiquetaban y nos compadecían.

Mi madre dedicaba su tiempo a sus hijas e hijo, los quehaceres de casa, las idas al mercado, la comida, y a la periqueada con sus hermanas y vecinas. Ella es carismática y habla con todo el mundo, tiene corazón de pollo e intenta arreglar la vida de todos, menos la propia.

Mi casa, con sus muebles simples, figurillas de porcelana y carpetas, siempre estaba en orden y limpia. Mi padre salía por la mañana para la chamba y, durante un tiempo, venía a casa a comer y yo me sentía muy feliz.

Mi madre cocina delicioso, aunque algunas veces la hora de la

comida se convertía en tortura cuando nos obligaba a comer cosas que nos desagradaban y, más aún, cuando se desesperaba y nos llovían las cachetadas voladoras y teníamos que comer a huevo.

Ella también es una mujer curiosa; vivió malos tratos. Siempre lamenta la falta de oportunidad para el estudio. Nos contaba cómo disfrutaba de las matemáticas y cómo su profesora la obligaba a escribir con la derecha siendo zurda.

La hora de la tarea en casa siempre fue hora de convivir y de alegría. A su manera, siempre nos fomentó la importancia de estudiar y se preocupaba por investigar y preguntar para ayudarnos.

Mi padre casi siempre estuvo ausente y, en un cierto momento, se convirtió en el ogro de la familia. Mi madre constantemente lo hostigaba con quejas de nuestro comportamiento, hasta que explotaba como una bomba y se nos aparecía el monstruo. La otra parte, y la más real, es que siempre fue un hombre responsable, un tanto ermitaño: sus únicas salidas y diversiones eran con su familia; es ensimismado y consentidor.

Recuerdo muy bien un evento que marcó mi infancia. Durante el primer año de primaria me dejaron hacer una plana con la palabra "pollo"; eran mis primeras letras y, claro, eran bastante imperfectas. Ese día por la tarde mi padre llegó a casa. Como otros días, mi madre lo llenó de quejas sobre nuestras travesuras o quizá traía broncas de la chamba, el dinero, la casa, la escuela... ¡Yo que sé! Por la noche mi padre pidió revisar mi tarea. Al darse cuenta de lo "mal" que estaba hecha, me hizo borrar todo argumentando que era horrible y, tras coco a puño cerrado, me hizo repetirla. No recuerdo el resultado, pero sí sé que el dolor físico y la cólera me invadían.

Después de aquel acontecimiento, empecé a soñar con la fuerza del mar, que contemplaba desde una ventana con mi familia. A lo lejos, una ola enorme se levantaba y justo en el momento de su caída mi padre cerraba aquella ventana dejando un ambiente de seguridad en mi sueño.

Tal vez era mi necesidad de sentir seguridad. Hasta hoy día, en el

mar encuentro equilibrio.

También solía soñarme, durante mucho tiempo, haciendo esa plana de la palabra “pollo” mientras a mi lado aparecía un ente verde haciendo movimientos irracionales. Ya de adulta, y en un análisis profundo, me di cuenta de que ese ente era la figura de mi padre, y que en mi inconsciente quedó grabado ese evento tan desagradable.

Me volví una mujer sin derecho a equivocarme, lo cual me lle-vó a muchos conflictos existenciales mezclados siempre con la frustra-ción. Desde entonces empecé a juzgarme tonta cuando las cosas no me salían como las preveía.

Me sentía continuamente culpable. A pesar de eso, siempre quise ser como mi padre, sobre todo cuando le daba por componer cosas en casa.

Mi padre es minucioso, y yo adoraba estar a su lado cuando se trataba de usar taladros y otras herramientas. Nunca me negaba su compañía, pero cuando se desesperaba por la torpeza de mis manos pequeñas, me trataba siempre de mensa y, a veces, me corría. Yo, con el afán de aprender y agradarle, siempre me quedaba, a pesar de sentirme lastimada. Así crecí, creyendo que la relación masoquista era normal.

Los días en que acompañábamos a mi padre a la empresa donde trabajaba, nos sentíamos un poco sonrojadas por el orgullo y los halagos con que nos presentaba con sus compañeros y compañeras. A mí me gustaba sentarme en esos escritorios grises de metal pesado para jugar apretando botones de las sumadoras y ser como él.

Mi padre no era de muchos amigos, pero en su trabajo tenía uno en especial que, en ocasiones, venía a casa para llevarnos al trabajo de mi padre. El hombre tenía una energía y una sonrisa lindísimas, era gordito y bonachón. Nos acomodaba en unas cajas en la parte trasera de aquella camioneta azul, olorosa a diesel, pero por la delicadeza y atenciones con que nos trataba, me sentía en un carruaje real.

También sufrí gritos y golpes durante mi infancia. Mi padre solía darnos unos cocos marcadores a puño cerrado cuando se enojaba,

pero esto duró poco gracias a la intervención de mi madre. A veces aparecía el cinturón; otras, la chancla voladora de mi madre, y, por último, las cachetadas.

Desde mi infancia he sido víctima de la maldad y constantemente me veía involucrada y acusada de travesuras que otros cometían, comenzando por mi hermana. Mis padres no se detenían a dialogar, recurrían a la acusación, el regaño, el juicio y el castigo. Así que la confianza mutua se perdió muy temprano.

Algo que admiro mucho de mi madre es el control que tuvo sobre el televisor. Pasábamos muchas horas jugando con los vecinos y vecinas de nuestra edad en el jardín de enfrente de mi edificio y entre sus raros andadores, y muy pocas veces nos permitía estar en otras casas que no fueran las de la familia.

Ella siempre tuvo una rara aberración respecto al sexo, del cual nunca se habló en casa, hasta la fecha. Mis primeras exploraciones sexuales las viví con uno de mis primos de la edad. Nos gustaba mucho jugar a la casa de los espantos, y así, a oscuras, nos to-cábamos y descubríamos.

A veces hubo dramas en la familia por primos más grandes que tocaban a las más pequeñas, se les juzgaba y condenaba fuertemente, y a las otras pobres las hostigaban preguntándoles si no las habían lastimado y cómo había sido. ¡Era toda una telecomedia! Yo me sorprendía y guardaba en mi interior, con mucha culpa, aquel placer que sentía con mi primo y al que no podía negarme en cuanto oportunidad tenía.

Durante la pubertad pasaba muchas horas jugando con mis genitales en el baño y utilizaba mi creatividad para darme placer: a veces construía penes para introducirlos en mi vagina y mi juego sexual se terminaba con el grito de mi madre llamándome a comer.

A pesar de estar siempre en compañía de mi hermana, mi hermano, primos y primas, y vecinas y vecinos de mi edad, viví mi infancia en mi mundo de castillos, perdida en mi fantasía oculta, donde era siempre una princesa solitaria que esperaba ser rescatada para sen-

tirse acompañada, aceptada y amada. En mis historias, con frecuencia había caballos blancos.

Era una niña exageradamente sobreprotegida, calificada siempre de diferente por rebelde y no tener miedo.

Las navidades eran días de ajuares nuevos; los días de reyes, de sorpresas; las vacaciones, de playas, campos y piscinas; los domingos, de globero, paletas de hielo (las de limón siempre fueron mis favoritas), visitas a los familiares paternos y salidas repentinas al cine, juegos mecánicos, ferias y zoológicos; sin embargo, el arte, la cultura y el hábito de la lectura nunca fueron fomentados en casa.

A pesar de no tener imágenes de violencia física hacia mi madre por parte de mi padre, siempre estaban con sus discusiones y desacuerdos, y aunque casi nunca había gritos, sí había humillaciones, servilismo por parte de mi madre, ofensas y menosprecios de mi padre.

La vida matrimonial de mis padres y mis familiares era la clásica del macho y la víctima, con mucha violencia psicológica. Esquemas que comencé a repetir muy pronto desde mis primeras "relaciones amorosas" en mi adolescencia.

La relación de mis padres está basada en el "hasta que la muerte los separe" y el "todo por mis hijos". Se esforzaron mucho por mejorar nuestras condiciones de vida, y dieron grandes pasos de una generación a otra.

Así viví una infancia incomprendida, sola y algunas veces feliz al lado de mis padres.

SEGUNDA PARTE

CAMINO LUMINOSO

Tengo cicatrices en el corazón desde mi infancia, pero la más profunda es la de un embarazo sombrío, inquietante, confuso y atormentado.

El 2 de octubre en mi tierra de nacimiento no se olvida. En mi vida personal, mucho menos. Desde esa fecha me convertí en “ma-dre”. ¡No mames! ¡Qué palabra más vasta!

La gestación de Camino Luminoso se entretiene con mis estados mentales más represivos. La tristeza estuvo casi siempre presente, comía mal, tenía insomnio, miedo y mucho, mucho estrés.

Me vuelvo a ver en el baño de aquel departamento pequeño, cercano a la estación del metro Saint Michelle, con la prueba de embarazo en mano y pensando: “No puede ser”.

Sin embargo, una emoción distante y apenas previsible sugería un deseo sublime: echar raíces y dejar huella en mi vida.

Desde el primer momento tuve la intuición de que era niño. Viví mi embarazo con el anhelo constante e insatisfecho de preparar un espacio para recibir a mi hijo.

Viajé a México cuando tenía dos meses de embarazo porque tenía que salir de Quebec, donde me encontraba como turista, e inconscientemente porque también quería huir de la tormenta que se me había venido encima.

En mi mente tenía pensado no volver, pero las llamadas del progenitor de mi hijo eran continuas; suplicaba que volviera con su hijo, me enamoraba, me convencía, me manipulaba y me culpaba de su gran dolor.

La tensión en casa de mis padres y la sobreprotección de mi madre eran insoportables, así que regresé a Montreal.

Camino Luminoso es de ascendencia árabe-musulmana, un niño sumamente deseado por su progenitor, confundido por un sentimiento egoísta de conservación racial y religiosa que en mi vida había visto jamás.

A veces tengo la sensación de que Camino Luminoso no quería nacer. Me programaron para una inducción.

El 2 de octubre de 2002 me encontraba, a las seis de la mañana, esperando el autobús, acompañada de mi madre y del progenitor de mi hijo. Estaba abatida por el cansancio de los últimos meses del embarazo y la violencia diaria.

Al llegar al Hôpital Juif de Montreal, me instalaron en la sala de parto después de un par de horas de espera. Antes de entrar a la sala de expulsión, el progenitor de mi hijo me contó haber soñado nuevamente aquel accidente aéreo, en que Alá le permite elegir entre un cordero de pelo y ojos negros brillantes, y uno blanco con ojos grandes y azules. El "auspicio", según la mamá-tatoo, indica que pronto tendría un hijo varón.

¿La mamá qué?

La mamá-tatoo fue la imagen femenina más preciada del progenitor de mi hijo, una mujer tatuada de la cara, por lo cual goza de tan singular apodo; mujer de la naturaleza, quien acompañara y acogiera sus sufrimientos de infancia.

Camino Luminoso es un niño de pelo rizado, rubio y de ojos azules, nombrado así en recuerdo de esa mujer.

ABANDONAR SUPPLICIOS

Mi hijo tiene un mes. Estoy sentada en choque psicológico inconsciente y me siento culpable. Lo observo, mis lágrimas ruedan de vez en cuando por mis mejillas, amamanto a mi hijo, lo envuelvo, lo cubro, y su presencia me envuelve en un manto de serenidad.

Mi hijo tiene siete meses. Estoy sentada en choque psicológico inconsciente y me siento culpable. Lo observo, mis lágrimas ruedan de vez en cuando por mis mejillas, amamanto a mi hijo, lo envuelvo, lo cubro, y su presencia me envuelve en un manto de serenidad.

Mi hijo tiene un año. Estoy sentada en choque psicológico consciente, y me siento responsable. Lloro lágrimas de libertad, lo cubro, y su presencia me envuelve en un manto de fortaleza.

Desde el momento en que determiné poner fin a mi sufrimiento, la vida de mi hijo cambió y, desde entonces, me he dedicado a prepararme para no repetir la violencia estructural que caracterizó mi educación, marcó mi desarrollo, se reflejó en mi juventud y en mi vida adulta.

Ahora, Camino Luminoso tiene seis años y la violencia psicológica y la violación a sus derechos han estado presentes en su vida de forma constante e injusta.

Hace mucho tiempo que dejé de sentirme eternamente culpable por el sufrimiento que hemos vivido juntos. Sé que las experiencias han ido marcando su corta vida, sin embargo, seguimos adelante. Luchamos juntos.

Considero que es fundamental no apropiarme de la vida de mi hijo, mucho menos de su dolor, porque siempre habrá acontecimientos externos que marquen su ser, experiencias desagradables y trágicas que viviremos juntos, y estoy convencida de que lo mejor que puedo hacer en tales casos es guiarlo para que exprese sus sentimientos y emociones.

Me preparo para afirmarlo, me esfuerzo por que en lo cotidiano crezca con autonomía, independencia e interdependencia. Sobre todo procuro, en la medida de lo posible, educarlo en un ambiente de no-violencia.

Por supuesto que he pasado mis límites, le he dado algunas nalgadas, gritos e incluso lo he maltratado verdaderamente.

Caí en depresión profunda cuando me enteré de que la Oficina

de Inmigración de Canadá no había aceptado nuestra petición humanitaria alegando derechos de la mujer y del niño.

Esa tarde mi hijo no paraba de llorar. Sentadito en un sillón lo estrujé y le grité fuertemente pidiéndole que se callase.

Sin duda, me sentí terriblemente culpable, mas todavía tuve la capacidad suficiente de percibirme y no martirizarme. Después hablé con mi pequeño y le pedí disculpas. Nunca más he vuelto a maltratarlo tan fuerte.

Siempre que vivimos algún conflicto que rebasa mis límites, le hablo de mis sentimientos y emociones, y procuro, con un lenguaje adecuado a su edad, explicarle lo ocurrido y aclararle siempre, de manera directa o indirecta, que no es culpable, y que sólo comete errores propios de su edad.

Intento que se haga responsable de sus actos al ponerle límites y procuro no confundirlo con el castigo, pero es siempre difícil encontrar el equilibrio.

Me di la oportunidad de dedicarme completamente a él los dos primeros años de su desarrollo y le di estimulación temprana.

Me encanta nadar, así que a sus ocho meses ya estaba como pez en el agua.

Evito de la mejor manera que puedo la sobreprotección, juzgarlo y etiquetarlo, aunque debo aceptar que ya lo he considerado "diferente".

Nuestro regreso a México a sus tres años fue un cambio radical, al que mi pequeño se adaptó mucho más rápido que yo. Sin embargo, me resulta extremadamente difícil ser madre sola en este país sin oportunidades y sin apoyos institucionales.

En febrero de 2006, ya en San Cristóbal de las Casas tras mi paso por la ciudad de México, me vi envuelta en los engaños de un médico con quien tuve una muy corta relación. El hombre, completamente desquiciado y aprovechando sus conocimientos como neurólogo, me enredó en una relación irracional y me dejó ciega durante una semana después de que lavó mis lentes de contacto con líquido para

esterilizar instrumentos quirúrgicos.

Tengo miedo de que haya incurrido en graves acosos sexuales después de darme cuenta de los abusos cometidos en contra de mi hijo durante una “revisión médica”.

Mi hijo se quejaba constantemente de un dolor en uno de sus pequeños pies. En la escuela me recomendaron llevarlo al médico. Debido a la falta de seguridad social y de dinero, me vi obligada a llevarlo con esta persona.

Durante la revisión solicitó revisar su pene y, al darse cuenta de que me percataba de su incongruencia, comenzó a hablar de higiene.

Me puse alerta. El hombre tomó a mi hijo de los brazos y, en voz alta, solicitó a su “asistente” que le trajese una jeringa para inyectarlo si no decía cómo se había lastimado el pie. Hasta ese momento fui capaz de poner un límite firme y dar fin a perversidad tan miserable.

Me recuerdo con ojos de leona en acecho exigiéndole que me regresara a mi hijo en ese momento, argumentando que no estaba de acuerdo con su acción porque ejercía violencia psicológica contra mi hijo.

El hombre me pidió que saliera inmediatamente y que no olvidara que era un neurólogo. ¡Qué hijo de puta!

Tengo claro que caí en ese lugar porque mi estado era vulnerable. No me victimizo, sólo asumo la responsabilidad de mis actos. Reconozco que en esos momentos aún resentía el choque cultural y psicológico que me provocó el regreso forzado a mi tierra. Me encontraba completamente frágil y a merced de cualquier ser miserable.

No fui capaz de denunciar porque no quise exponer a mi pequeño a la ineptitud de las leyes mexicanas, sin embargo lo hice público.

Preocupada por la integridad mental de mi pequeño, busqué orientación psicológica. Hablamos mucho de lo ocurrido e incluso escribí e ilustré un pequeño cuento que ayudara a reducir el choque ocasionado por tan baja acción.

A pesar de los acontecimientos que han marcado la vida de mi hijo, Camino Luminoso parece desarrollarse sin mayores con-

tratiempos. Es un niño vivo, con una energía y un temperamento tremendos.

No soy una persona perfecta y, por lo tanto, cometeré un montón de errores con mi pequeño.

Su primera infancia, sin lugar a dudas, ya es diferente a la mía. Aunque no mejor.

Lo observo, lo observo siempre. No puedo evitarlo.

A veces no puedo creer lo que miro, con sus piernas largas, su figura delgada y su cara con rasgos de ambas razas mezcladas.

Tengo la fortuna de cooperar como artista e intercambiar mi trabajo por sus estudios de preescolar en el proyecto educativo en el cual se encuentra; a pesar de todo, quisiera tener oportunidad de dar más tiempo de calidad a mi pequeño. Lamento mucho darle poco. Este sistema de mierda nos obliga a distanciarnos.

¡Este sistema vulgar nos arrebató felicidades al lado de nuestros hijos e hijas!

Afortunadamente, la vida me ha permitido perder todas mis posesiones materiales y esto me ha llevado a una mejor comprensión de este mundo consumista y enfermo. He tenido, felizmente, que acostumbrarme a vivir con lo más básico. No tengo dinero para gastar en distractores sociales. No tenemos televisión en casa y es increíble cómo se puede desarrollar la creatividad sin este estúpido aparato.

Me considero anticapitalista, aunque fue difícil acostumbrarse a dejar todas esas superficialidades con las que se vive en sociedad.

No profesamos religión alguna; ¿bautizarlo? ¡Ni pensarlo!

Mucho menos vamos al Burger King ni al McDonalds, no lo llevo al Cinépolis ni le compro palomitas tamaño jumbo, no bebemos Coca-Cola y sólo en ocasiones esporádicas la comida chatarra llega a casa. Somos vegetarianos, aunque no tenemos la suerte de comer las frutas y verduras orgánicas que se venden en la ciudad, pues son caras, de consumo elitista, y no pertenecemos a ese segmento de

la sociedad.

Nos vestimos con ropa reciclada de la mujer que parece tener más necesidad económica. No gasto dinero en ropa de marca para que no parezca monito de televisión.

Le hablo ya de este sistema de mierda llamado capitalismo neoliberal.

¿Cómo vive mi hijo este cambio radical hacia una educación anticapitalista?

Vive, ríe, juega, canta, llora, hace berrinche, se encapricha, experimenta, se cuestiona.

Es un niño que aprende jugando.

Mi único objetivo es dejar a la sociedad un adulto íntegro que pueda soportar la lucha en este mundo caótico carente de paz, justicia y libertad.

MALA EDUCACIÓN

Mexicanos al grito de guerra...

Ta-ta-ta

¡Todos iguales!

¡Repitan como borregos!

La escuela nunca fue el mejor refugio para mí. A pesar de ser la bonita de la familia, en las aulas de clase no era lo mismo. Me sentía fea, siempre tenía miedo y constantemente permitía abusos y burlas de mis compañeros y compañeras.

Apenas si recuerdo mis primeros años de escuela. Mi memoria tiene clasificadas a las profesoras que pasaron por mi vida. Una tal L, de cuarto grado de primaria, una mujer dulce, alta y delgada, aficionada al baile folclórico y a la música. Con ella tuve mis primeras clases de música. Intentó enseñarnos a tocar la armónica, pero la razón por la que está en mi memoria es porque durante ese ciclo

escolar comencé a escribir cartitas. No recuerdo bien qué expresaba en ellas, pero eran siempre recibidas con una gran sonrisa. La profe L fue la primera persona que me llamó por mi segundo nombre; la tengo clara como una persona que me tomó en cuenta, siempre atenta a mis expresiones.

Cuando yo tenía aproximadamente veinte años, mi madre se topó con L en algún lugar por la calle. Me mandó decir que todavía conservaba las cartas que le escribí. Eso volvió a llenar mi corazón de júbilo. No me pregunten sobre los contenidos de cuarto grado; como siempre, todo era de memoria, repitiendo como pericos.

¡A la maestra de quinto y sexto grado de primaria la tengo metida hasta los sesos!

Nunca entendí porqué me maltrataba tanto. Constantemente me ridiculizaba delante de mis compañeros y compañeras. Recuerdo una vez que, por algún motivo, teníamos pastel en la clase. Como ca-si todos los niños y las niñas, me dejé hipnotizar por el pedazo más grande, y con seguridad con la boca hecha agua. Recuerdo a la profesora arrebatándome el plato y diciéndome: "No seas muerta de hambre". No lloro, agacho la mirada y me siento completamente avergonzada y triste.

Cuando me pasaba al pizarrón, se burlaba de mí si no resolvía correctamente las operaciones matemáticas. Desde entonces odio los números.

Tengo mis primeros recuerdos de amor por esos mismos años. Me enamoré de uno de los niños más bonitos del salón, un tal O, delgado, blanco, de cabello negro, lacio y caído, con ojos enormes, negros y profundos. Lo mejor de todo era que el chico correspondía a mis sentimientos y pasamos el tiempo en cortejarnos, entre miradas y sonrisas. No sólo yo estaba en estos descubrimientos, mis mejores amigas y amigos se unían al grupo de los enamorados, como debía ser.

La profesora, mezquinamente, nos censuraba y separaba constantemente, al grado de ridiculizar y exponer nuestros sentimientos

delante de los papás y mamás durante las juntas escolares. Ellos se reían y continuaban las burlas de la profesora.

Mi madre nunca intervino, porque no recuerdo haber sentido confianza de contarlo.

La mujer era amiga de una de mis tías. La familia la conocía desde hacía tiempo y gozaba de respeto y honores que no merecía sólo por ser “la maestra”. Parecía de unos cincuenta años, alta, con tez muy morena, bastante fea, para ser sincera, vestida siempre como una anciana.

En el estante de metal, gris y fúnebre, tenía siempre un frasco de Nescafé, un bote de azúcar, un par de cucharas pequeñas, una jarra de peltre, una taza de barro y una parrilla eléctrica que conectaba durante la clase, al final del salón, entre las o los dos últimos de la fila.

La tipa nos utilizaba a tal grado que convirtió en un “honor” prepararle el café y servirle. Muchos y muchas nos disputábamos el numerito. Maldita enseñanza de servilismo y rendición.

Mi primo compartía clase conmigo. Las constantes comparaciones eran muy marcadas. Él siempre en ese estúpido “cuadro de honor”, que para lo único que sirve es para promover escalafones, malos sentimientos y separaciones entre los ya etiquetados: “aplicados-burros”, “tranquilos-latosos”, “serias y locas”, porque, hasta donde yo recuerdo, las chiquillas éramos las sancionadas, juzgadas y señaladas por hacer notoria nuestra primera atracción por el sexo opuesto.

No quiero imaginar cómo pudo haber vivido esta experiencia algún chico o chica atraído por personas de su mismo sexo.

La mujer era tan conservadora que, para hablarnos de la menstruación, sacó a todos los chicos del salón.

Los contenidos siguen como siempre... repetición, repetición... alienación, alienación.

En secundaria no recuerdo haber tenido ningún profesor o profesora de verdad, quiero decir, una persona adulta comprometida a darnos presencia. Todos y todas corrían a la clase y se sentaban

detrás de ese horrible escritorio de metal gris, sobre el desnivel que nos indica que el maestro o maestra es un ídolo para adorar.

Tuve desde aquella maestra de historia sin carácter y fácil de manipular hasta una súper exigente, a quien todos temíamos, confundiendo temor con respeto. Claro que no faltaba el asqueroso que nos acosaba sexualmente con sus constantes miradas y acercamientos; todos y todas “abusaban de su poder”.

Los lunes de blanco y ceremonia cívica. En las filas de la mañana, antes de subir al salón, era constante el hostigamiento del profesor o la profesora que tenía el micrófono en mano, trepado en lo alto, sintiéndose en el balcón presidencial hablándole al pueblo.

PREPARATORIA: INTERNADA

Siempre quise ir a la escuela preparatoria 9, sobre Insurgentes, a la altura del metro Basílica. Pero mi madre me inscribió en una escuelilla privada, de niñas fresas y ricas, a unas cuadras de este lugar.

Con frecuencia me iba a la preparatoria para encontrarme con algunos de mis compañeros y compañeras de la secu. Algunas veces, incluso me atrevía a entrar a clases; en especial a la de historia del arte. Las grandes aulas de aquella escuela estaban casi siempre vacías, y mis amigos y amigas me contaban con qué facilidad sobornaban a los profesores.

La escuela para “niñas” era un mundo completamente diferente y ficticio.

Llevábamos una falda azul a cuadros que nos llegaba debajo de la rodilla, zapatos de goma, una blusa blanca de manga larga, un chaleco con cuello en “v” que cubría bien nuestros senos y cal-cetas blancas hasta la rodilla. ¡Cubiertas completamente!

Siempre odié los uniformes, los transformaba a mi gusto, y eso me provocaba infinidad de problemas.

Esta escuela, en que se estudiaba para “secretaria ejecutiva bilin-

güe”, estaba dirigida por cuatro mujeres viejas, amargadas, frustradas y siniestras.

Nos hacían rezar cada mañana antes de comenzar las clases, y el último viernes de cada mes venía un sacerdote a deleitarse con nuestras caras y a dar misa. Algunas veces nos hacían peregrinar con una estúpida flor hasta la Basílica de Guadalupe.

Las ventanas de los salones que daban a la calle tenían barrotes, como las celdas de los prisioneros. No se podían abrir y tenían alarma. En baños y salones había interfonos que la “señorita directora” abría a su antojo para escuchar nuestras conversaciones.

Allí dentro, me sentía asfixiada en un mundo de niñas ricas que no era el mío. Muchas iban con anillos y cadenas de oro de las cuales pendía algún símbolo religioso o su nombre.

Además, tenía que soportar sus miradas de menosprecio al ver a una niña pobre que, quién sabe cómo, se había colado entre ellas.

Dentro me sentía fuera de lugar, pero en mi casa me comportaba como ellas, hablaba como ellas, me movía como ellas. No me soportaba ni yo misma.

Mis amigos, amigas y familiares me jodían constantemente diciéndome que me había vuelto una presuntuosa.

No sé cómo mis padres pudieron pagar esa escuela que, para nuestras posibilidades, era demasiado cara. Además, comencé a exigir a mis padres la misma “cantidad de vida” que tenían las otras, y a menudo tenía que robar dinero a mi madre para ir a los lugares que ellas frecuentaban.

Nunca logré establecer lazos afectivos en ese espacio. Constantemente me iba de pinta, pero a pesar de mis continuas ausencias, pronto comencé a hablar inglés.

Durante el primer año de esa “carrera-corta” en dicha “academia”, me daban las clases completamente en inglés. Al principio era demasiado complicado para mí, sobre todo porque el noventa y nueve por ciento de las chicas tenía ya un buen dominio del idioma.

De todos modos, terminaron expulsándome por incorregi-

ble. Un día al llegar a clases me impidieron entrar al salón, me anunciaron su decisión y me obligaron a quedarme sentada en una banca donde el sol daba directamente, hasta que mis padres fueran por mí.

Con tanta sed y calor, la espera se me hizo eterna.

Mi madre, al llegar, comenzó a quejarse de mí y a darle la razón a la profesora que hablaba con nosotros. Mi padre, mudo como siempre.

La “profesora” decía con hipocresía que podían darme una “oportunidad” antes de ser expulsada. Contesté con gran descaro: “¡No, no, no... está bien, expúseme!”

Mis padres se quedaron petrificados, y después me llevé una buena regañada.

Me busqué otra escuela parecida, seguí con mis pintas y comencé a robar exámenes de la oficina de los profesores.

Al año siguiente me cambié a otra, y allí dijeron que salí con “exce-lentes certificados de secretaria bilingüe y profesora de inglés”.

A los diecinueve comencé a trabajar en la empresa IBM y salí corriendo de ese encierro. Soy demasiado inquieta como para estar mucho tiempo dentro de una oficina automatizada delante de una computadora.

A partir del año siguiente comencé a dar clases de inglés en primaria y después en secundaria.

Aunque no fue mi decisión estudiar esto, y aunque me sigue doliendo que mi madre haya decidido parte de mi vida, a veces pienso que no se equivocó tanto. Tengo pasión por el trabajo con la infancia y, sobre todo, con la adolescencia. Mi madre no se dio cuenta, pero también tengo mucha facilidad para el aprendizaje de idiomas.

A pesar de no tener estudios universitarios de pedagoga o psicología educativa, actualmente participo en el campo de la educación de niños, niñas y mujeres, con talleres creativos en diferentes temáticas.

Estoy lidiando contra este pinche sistema para vivir de manera autónoma e independiente sin perder mi misión en la lucha social. Todavía estoy buscando la forma de lograrlo.

Necesito tiempo de calidad para mí, para mi hijo y mi compañero, para mi familia, mis amigos y amigas, además del tiempo para sentarme a estudiar sin distractores o estrés.

Estoy consciente de que necesito una mejor instrucción académica en psicología y pedagogía para mejorar el diseño de mis talleres educativos y ofrecer a la sociedad un servicio más eficaz y así contribuir, de manera más activa, a la lucha por la paz, la libertad y la justicia, sin que esto constituya un sacrificio de mi dignidad. Por una vida digna, pues, decimos ya muchos y muchas en Chiapas.

Mientras tanto, me preparo cotidianamente a través de la práctica, utilizo mi capacidad creativa y de aprendizaje autodidacta, me apoyo en mi experiencia de vida para contribuir al cambio educativo urgente que necesitamos en México.

HISTORIAS DE TERROR, PERVERSIDAD Y TINTES DE INOCENCIA

A los quince años tuve mi primera relación amorosa con un tal C. Al lado de ese hombre aprendí el amor tormentoso y se estableció el patrón: amar significa sufrir.

El tal C era siete años mayor que yo y se movía entre universitarios de filosofía y artes.

Vivía deslumbrada y muda en medio de sus debates. Junto a ellos escuché hablar por vez primera sobre el pensamiento de Sartre, Lévi-Strauss, Simone de Beauvoir, Jean Baudrillard y Umberto Eco, pero el que siempre llamó mi atención fue Nietzsche.

Y entre el placer por el conocimiento y el arte también viví mi primera relación sexual.

Yo era todavía una adolescente y con dificultad comprendía lo que oía, pero sin lugar a duda todo se iba grabando para formar mi ideología actual.

Empezaba a darme cuenta de que había otros mundos a los cuales

se me había negado el acceso.

Con el tal C pasábamos también mucho tiempo viendo cine de arte. Las muestras internacionales en la Cineteca Nacional, en el Defectuoso, eran siempre de tardes enteras en sus salas.

Mis padres no estaban de acuerdo con esa relación y para mí era una batalla campal estar entre ellos, el tal C y lo atractivo de la relación.

Los lugares que visitábamos eran para mí fascinantes. Durante esos años adquirí también el gusto por la buena música gracias al grupo de amigos del tal C, y en especial de un tal M que me encantaba en silencio con su sonrisa amigable, su piel blanca, ojos grandes, oscuros y expresivos, cabello largo lacio y desaliñado, que estudiaba en el Conservatorio Nacional de Música de la ciudad de México. Con él aprendí de géneros musicales y me volví amante de la música de Dead Can Dance, que me ha acompañado desde ese periodo de mi vida.

A los diecinueve años era capaz de sentarme con conocedores de la música y discutir con ellos como conocedora. En esos tiempos hacía mis pinitos trabajando en IBM de México. Siempre me he visto con menos edad de la que tengo. Algunos ingenieros con los que trabajaba se sorprendían al escucharme hablar de música. En realidad, no es que supiera tanto, sino que verlos anonadados delante de mi figura me divertía. La neta, pienso que ni cuenta se daban de las historias que les contaba e inventaba.

Los fines de semana tenía que escapar de mi casa para ir a los conciertos de jazz, blues, alternativo, progresivo, heavy metal, música de cámara, bla bla bla, y, por supuesto, a los hoteles de paso que sobran en Chilangolandia; algunas veces por gusto y voluntad, otras, forzada.

Tenía un buen salario y pocas responsabilidades, así que me dediqué a gastarlo en ropa y buenos restaurantes. Yo pagué durante mucho tiempo las salidas del tal C, sus libros y discos compactos. El tipo se volvió extremadamente posesivo, y la relación, tormentosa

entre gritos, golpes e insultos.

A los diecinueve años de edad era bien conocida en mi colonia por mi carisma. Tenía un súper amigo, AL, que estudiaba sociología y era el más inadaptado del mundo. Era mi paño de lágrimas y odiaba al tal C que tanto me hacía sufrir.

Un día, irritada por la represión de mis padres y la presión del tal C, decidí, según yo, darles un escarmiento: me tomé una tableta de Diazepam, si no mal recuerdo.

Mis padres no estaban en casa. Durante la intoxicación anduve por la colonia, donde me encontré a mi súper amigo AL, quien me encontró hecha un mar de lágrimas y diciendo incoherencias. El güey me llevó inmediatamente a una pequeña cafetería recién abierta en el barrio, y me hizo tomar litros de leche mientras me regañaba con ternura.

Me llevó a mi casa. Mi madre, consternada, no dejaba de llorar al verme en ese estado. Me culpaba con su falta de comprensión y me dejaba más frustrada y confundida.

Al final dormí mucho tiempo y me levanté a la chamba al día siguiente.

Después de permitir al tal C continuas agresiones físicas y psicológicas durante casi tres años, un día, poco antes de decidir terminar con tanta pesadumbre, fui obligada a entrar en un hotel, como en muchas otras ocasiones: amenazada con el abandono, su arma infalible.

Aquel día estaba decidida a no continuar con tanta tortura. Al expresarlo, el tal C estalló en una crisis de violencia. Me inmovilizó un brazo, me tomó del cabello y me obligó a pararme delante del espejo, donde con voz amenazante me dijo: "Mírate bien y nunca olvides que de mí no te vas a deshacer nunca".

La gravedad de sus palabras me persiguió hasta los treinta y dos años.

El tipo me acosó durante meses. Me hostigaba por teléfono, me amenazaba con suicidarse y constantemente me manipulaba e

in-sultaba.

Un día decidí vengarme de él. Después de algunos meses de no verlo, planifiqué una salida con amigos y amigas en común. Él parecía muy contento de volver a verme, así que en ese momento le pedí que habláramos. Lo conduje a un parque bastante transitado, cerca del metro Jardín Balbuena, por donde él vivía y que ambos conocíamos.

En ese momento comenzó a llorar, como siempre que lo invadía la culpa, y eso le funcionaba bastante bien para manipularme. En ese estado de fragilidad, le pedí que se pusiera de rodillas y me pidiera perdón. Así lo hizo.

El tal C, arrodillado delante de mí, me hizo experimentar una emoción difícil de explicar: el placer de la venganza.

Ahora era yo el verdugo y el papel era mucho más placentero. Le dije: "Mírame bien, porque es la última vez que me verás en tu vida".

Me fui caminado muy campante. Segura de que él no vendría tras de mí nunca más, sin darme cuenta de que, en realidad, no lo-gré deshacerme de él, porque el patrón de violencia se repitió en mis relaciones siguientes.

Al poco tiempo conocí al Perro Negro. El tal T es un tipo solitario y bonachón. Ambos éramos muy jóvenes y nuestra relación era inmadura. Con él decidí salir de la asfixia de la casa de mis padres. Al principio teníamos una relación de colores, reíamos hasta que nos dolía el estómago, tomábamos hasta perder la conciencia, viajábamos como locos, cometíamos pequeños atracos, bailábamos. Nos burlábamos de la vida.

Siempre me sentí muy bien con su familia. Sus padres trabajaban en la zona arqueológica de Teotihuacan. Su madre, según contaba, había sido hippie y un desmadre durante su juventud. Se había embarazado a los dieciséis, así que para esas fechas el Perro Negro y ella parecían más hermanos que madre e hijo.

Su padrastro es fotógrafo y líder del sindicato de trabajadores de la zona. Yo siempre he sido muy tímida y silenciosa, y la pareja parecía tener una estima especial por mí.

Pronto me adoptaron como su hija más que como su nuera.

Junto a ellos aprendí mucho sobre las grandes culturas prehis-pánicas, que poco nos enseñan en las escuelas públicas. Eran grandes amantes del blues, del jazz, del rock progresivo, y de escritores de “la Onda”, en especial de José Agustín, quien describe bien su época.

Los abuelos maternos eran cariñosos y siempre me sentí parte de esa familia. Las tías eran muy divertidas y abiertas. En su familia había artistas plásticos, y fue con ellos como despertó mi gusto por la plástica.

Recuerdo la casa de los tíos artistas en Yautepec. Siempre desordenada y sucia, llena de obras, y al fondo un taller lleno de pinceles, pinturas, libros, bastidores y esculturas en papel.

El abuelo era para mí el más especial de todos. Aún recuerdo el día que nos llevó a un río para acampar, nos compraba un cartón de chelas, y allí nos divertíamos como niños borrachos e inconscientes.

Todo tan diferente a mi entorno familiar.

Mis padres continuaban con su educación represiva y yo tenía que seguir mintiendo para salir. Para estas fechas empecé a volverme cínica con mis mentiras; mientras tuviera un varo fijo, me importaban poco sus corajes. Con el tal T viajamos muchísimo, acampábamos en la playa, esperábamos con ansia los jueves para planear adónde emborracharnos con los amigos y amigas en común.

Yo ganaba mucho más que él, pero siempre compartíamos cuanto teníamos. Mucho varo invertimos en una buena colección de discos.

Sus padres siempre estuvieron al tanto de lo que hacíamos, donde estábamos y lo bien que la pasábamos juntos. Muchos años estuvieron haciendo el papel de mediadores entre mi padre, mi madre y yo. Claro que también se convirtieron en nuestros cómplices.

A los dos años nos fuimos a vivir juntos, siguiendo el deseo que se despertó después de haber visto en una tienda de muebles rústicos una hermosa cabecera con un sol tallado de manera artesanal y artística.

Al avisar mi decisión en casa, mi padre reaccionó con su tradi-

cional “haz lo que quieras”. Mi madre, preocupada por el qué dirán, me hizo una de sus manipuladoras, fatalistas y culpabilizantes escenas, al grado de quitarme el edredón de mi cama de infancia que ya estaba listo para salir conmigo de casa.

Mi relación con el tal C me había despertado el sabor del conocimiento y, desde entonces, no dejé de interesarme por aprender más. Junto al tal T decidimos recomenzar nuestros estudios de preparatoria. Esto también lo hacíamos de manera divertida. Hicimos nuevos amigos de peda y estudio.

Nuestra relación era una mezcla de infantilismo y responsabilidad.

Un tiempo me dio por repetir comportamientos del tal C, sus celos y acosos. Me volví extremadamente posesiva y adicta a la violencia.

Un día tuve una crisis que, hasta después de muchos años, analicé y comprendí.

En una disputa por la noche me amenazó con dejarme. Entré en crisis. Recuerdo a T decirme: “Reacciona, yo no soy el tal C”. Después tengo un espacio oscuro en el recuerdo; vuelvo y me veo tomar una navaja blanca, abrirla y cortar mi muñeca izquierda.

La sangre salía a chorros. T estaba pálido. Tomó una toalla y me llevó a urgencias a la Cruz Roja. En el camino, T me preguntaba constantemente: “¿Por qué lo hiciste? No tengo respuesta. Sólo sé que en ese momento ambos teníamos mucho miedo.

Al llegar a la Cruz Roja, las preguntas de la enfermera y su brutalidad para tratar a los pacientes nos sacó del choque. Volvimos a casa bien entrada la noche. Guardamos silencio. Al poco tiempo nos separamos.

Mi segunda separación fue harto dolorosa. T entabló una nueva relación con otra mujer, que tenía como meta bien fija conquistarle, lo cual no fue difícil por la situación en que nos encontrábamos como pareja.

En seis meses nuestra relación terminó por desmoronarse. Sus padres, en desacuerdo por la forma en que estaban ocurriendo las

cosas, exigieron al tal T que dejara el departamento que compartíamos y se llevara únicamente sus pertenencias personales.

En 1998, el tal T, cansado de mi violencia, me dejó.

Nunca perdí contacto con él. Hasta la fecha somos amigos, y me considero muy afortunada de conservar esa amistad y de ver, a través de los años, cómo hemos cambiado y crecido juntos.

Al poco tiempo dejé ese departamento, guardé todo en una bodega y regresé a casa de mis padres. Me sentía, además de triste, muy frustrada.

En esos tiempos ya tenía unos años de experiencia como profesora de inglés en primaria y secundaria. Mi trabajo y el constante convivir con mis alumnos y alumnas me distraía de ese torbellino. Siempre lo disfruté mucho, aunque a veces me dejé llevar por la marea magisterial y su abuso de poder.

No tenía muchas alternativas para no caer en eso, porque desde los programas de estudio hasta los directores, es pan con lo mismo. Repetición, repetición, repetición.

A pesar de estas restricciones, siempre me distinguí por ser una profesora diferente y especial. A pesar de las continuas críticas de profesores y profesoras, y las llamadas de atención de “los jefes y las jefas” por hacer amistad con el alumnado, siempre logré tener un acercamiento y generar lazos afectivos.

Al poco tiempo me encontré un pequeño departamento al sur de la ciudad, donde viví por primera vez conmigo y mi arte. En ese año comencé la carrera en artes plásticas en el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

Los estudios de bachillerato se fueron a la mierda con la separación del tal T. El ciclo escolar 1998-1999 lo pasé en este departamento, decorándolo, trabajando y disfrutando mis clases de pintura, dibujo y escultura. Salía poco. Tenía visitas continuas de algunos amigos. Mi familia se negaba a verme. Me parecían tan egoístas..., pero me quedaba con mi tristeza bien dentro. Me fui alejando de ellos y la distancia fue haciéndose cada día mayor.

En ese pequeño edificio hice amistad con el chico del departamento de al lado. Largas noches las pasamos sentados hablando de nuestras vidas y bebiendo ron con mierda-cola hasta emborracharnos de vidas, proyectos y sueños.

Alguno de esos días de peda, en que me hablaba de su compañera montrealera y yo de mi pasión por viajar, más bien de escapar de la contrariedad interna en la que vivía constantemente, me sugirió irme a Montreal.

En mi vida había escuchado hablar de una ciudad con ese nombre. Yo quería ir a París, pero él terminó por convencerme cuando me hizo cuentas de lo que costaría si compraba el boleto desde México, o si volaba a Montreal y luego a París.

Definitivamente, salía mucho más barato y, además, tendría chance de conocer otro lugar.

En unos meses “malbaraté” decía mi madre muebles y electrodomésticos de mi departamento y me fui a vivir ese tiempo a casa de mi vecino sin pagar renta. Allí vivían otros dos chicos de la Facultad de Arquitectura de la UAM, y de pronto tenía tres hermanos a mi lado, que me cuidaban y consentían. ¡Ni para qué volver a casa de mis padres!

Asimismo, con el dinero que junté deshaciéndome de mis pocas pertenencias y los ahorros de mis años de chamba, y sin pensarlo bien, me organicé el viaje que duraría un par de años.

La única verdad es que me sentía ahogada. Mi experiencia con la educación primaria y secundaria me dejaba ver que lo único que enseñan los adultos y las adultas es a combatir, los certificados de estudios se compran, las mujeres sufrimos violencia cotidiana, nos educan para servir, nos educan con una fragilidad estúpida color de rosa, y a mí, en lo personal, con una etiqueta que me recuerda constantemente: “Estás loca”.

Me doy cuenta de que mi madre decidió que no era apta para ser universitaria, porque los muchachos despiertan mi sexualidad natural y con seguridad terminaría embarazada y con un hijo, decían

sus hermanas y vecinas.

Aprendo con el ejemplo que el amor es sufrimiento. La mala educación llena de opresión, sumisión y victimización ya da resultado. Mi relación de muchos años se termina, mi compañero me deja por otra chica; sufro el abandono, me dejo agredir, agredo.

Así, sufriendo y cansada, me alejo de mi tierra.

MUJER PIRATA Y MADRE SOLTERA CON DOS AMORES,
EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

Aquí y ahora me encuentro acompañada en mi camino, en mi proyecto de vida, en mi misión y mi visión personal. Ahora con dos... ¡y qué dos! Me tienen hecha una zombi con sus encantos: uno con su belleza física y su gracia, sus colochos y sus arranques coléricos, un hijo de la chingada que me inspira y me tiene colgada de un poste de alta tensión que me suministra energía; el otro, con su amor desbordante que me tiene atrapada. Mi vida amorosa es casi perfecta. Actualmente vivo con un compañero hermosísimo, chulo de precioso; el tío tiene un genio de la hostia, pero nada que no se pueda soportar. ¿Y qué se puede decir cuando sentimientos y sexo se conjugan?

Admiro y aprecio el cariño que entrega a mi hijo; me parece una buena imagen masculina para el colochito, pero todavía no me hago a la idea de que tengo que compartir su educación, aunque quiero que sepas que me agrada hacerlo con él.

Me resulta muy difícil. A veces siento que estaba mejor sola y que tal vez me estoy aferrando a seguir estándolo porque todavía me duele mucho ser responsable de la separación entre mi hijo y su pro-genitor o porque no quiero provocarle más dolores a mi pequeño.

A veces me incomoda la forma en que se dirige al pequeño, muy exigente, muy duro, me parece que es evidente la lucha de poder entre ellos: ¡Soy el más fuerte! La neta, no me interesa que el ena-no

crezca creyendo que pertenece al sexo fuerte. Ya basta de educar machos, basta de educar niños sin el derecho a la fragilidad.

Agradezco infinitamente su presencia, sus gestos de humanidad, su amor incondicional, su empatía. Me siento superfeliz con él, completa, amada, mimada, a veces equilibrada y admirada, pero creo que no lo conozco; quiero decir, ¿de dónde viene? ¡Maldito bucanero! Lo que quiera que sea: hombre o rana encantada, está en mi camino, lo amo hasta el putito tuétano, me tiene en una nube de algodones, pero a veces siento que no quiero caerme y darme otro madrazo, porque ya he tenido suficiente.

Cicatrices me sobran. Sí, tengo miedo de volver a amar, de que el viento sople tanto que nos arranque de la tierra.

No estoy de acuerdo con el matrimonio religioso. ¡Hasta que la muerte los separe sin importar si son una familia disfuncional! Tampoco busco un acta de matrimonio. Pinche papel ridículo que nada tiene que ver con el amor.

Vivo en una confusión. Me siento en un manto de protección que me entenece y, al mismo tiempo, me incomoda. Más que incomodarme, me preocupa; a veces también me pesa. Me agita pensar que puedo resultar una carga, me es difícil depender económicamente de alguien. ¡Es castrante!

No sé si es falta de gratitud, pero saber que dependo de alguien para comer, vestir, beber y sustentar a mi pequeño, me caga.

Sí, ya salió la feminista. No es nada personal contra la persona con quien vivo. De hecho, tengo que admitir y agradecer que desde que está conmigo he dado pasos agigantados en mi proyecto de vida. Tampoco me gustaría que se sintiera obligado ni que el peso de la responsabilidad, la entrega, le hagan sentir cansado de ayudarme y que eso afecte este sueño.

Sí, también tengo miedo a la separación, pero vuelvo mi cabeza a mi pasado y reconozco que, a pesar del miedo que tengo de volver a amar, me siento afortunada de tener por fin un compañero a mi lado.

Sí, como verás, soy bastante ambigua.

También necesito decidirme por un camino. Me estoy resistiendo a buscar otro empleo ordinario, a abandonar el sueño de una vida digna, entendiendo esto como una vida autónoma, independiente y libre.

Soy artista, reconozco mi talento, habilidad y capacidades, pero de verdad me asfixio. Los proyectos van lentos, como todo en Mé-xico, y ni siquiera tengo la certeza de que van a funcionar. Las mujeres, aquí, se devoran entre ellas; se confunde el verbo competir con tener competencias; el concepto solidaridad está distorsionado; nada que tenga que ver con seguridad social; no existe coherencia entre conocimiento y práctica, educación y escuela, igualdad y equidad, etcétera.

Como mujer y madre soltera en esta sociedad, las garantías son casi nulas. A veces estoy en el punto de querer abandonar, conformarme con ser mediocre,irme, encontrar un trabajo esclavizante para tener seguro eso que mi padre llamaba “el sustento de cada día”.

Casi olvido decir que, además, tengo una familia que no me conoce con mis cambios, aunque me quiere mucho... ¡eso ni dudarlo!, unos cuantos amigos y amigas que me parecen sinceros y una puta fuerza del carajo, tanta que no sé cómo sigo cuerda en fucking San Cristóbal de las Casas mágico.

TERCERA PARTE

MONTREAL

El mes de julio de 1999 llegué a Montreal y desde el primer momento quedé encantada con sus calles ordenadas, sus casas color de otoño, sus terrazas y escaleras.

Por fin me sentía libre: de mi madre, del dolor que me provocaba el abandono, de prejuicios, de sufrimientos, y sin miedo. Libre por ser una perfecta desconocida en esa tierra, sin ojos que me persiguieran, sin culpas.

Así descubrí la calle Mont-Royal con sus restaurantes con continuas exposiciones, poetas, músicos, sus cafeterías, tiendas y vitrinas, con sus disfraces de verano, otoño, primavera e invierno. La Saint Dennis con su diferencia de clases y su tráfico constante; la Sherbrooke que, al cruzarla de cabo a rabo, nos da una visión amplia de la vida en esa isla montrealés, o la Saint Laurent con sus lugares alternativos. El río Saint Laurent, con sus aguas tranquilas y consoladoras, visto desde la isla Saint Hélène, desde el Vieux-Port, le pont Jacques Cartier o desde el depa de MK, y en cualquier época del año, me decía siempre: "No pasa nada".

Y qué decir de la Saint Catherine, invadida por el consumo, antros exclusivos y de mala muerte, sin olvidar, claro, el Tam Tam a las faldas del Mont-Royal, con sus rítmicos tambores, sus artesanos y su pasto verde que une y reúne razas, culturas y generaciones.

A veces tengo nostalgia de esos días con los amigos y las amigas echados en el pasto, descalzos, sin preocupación alguna y rolando el churro. A veces riendo, bailando o filosofando.

La isla montrealés a pie, transporte público o en bicicleta. Con sus guetos bien marcados: por un lado los judíos ortodoxos; por otro, los italianos, árabes, latinos, africanos y asiáticos; y qué decir de la Côte-des-Neiges con la mezcla de culturas migrantes.

Esta isla, con su multitud de parques limpios, su transporte multicultural, sus festivales y aglomeraciones de verano, sus colores y enérgicos vientos de otoño, sus suicidios durante el invierno melodramático y su muy esperada primavera.

Los días de antro, peda y pachequez. Viviendo de noche y durmiendo de día. Acomodándonos donde nos dieran chance de quedarnos por un tiempo, pagando un mínimo de renta, hasta que se cansaran de nosotros, nos echaran o encontráramos algo mejor. Trabajando para medio comer y tener varo suficiente para las entradas a museos, cines o actos culturales que se nos atravesaban, para viajar a las ciudades cercanas, sin olvidar nunca guardar para el hachís, la mota, el tequila y las chelas.

Pasábamos el tiempo beneficiándonos de los buenos espectáculos gratuitos de esta ciudad de cultura y arte, y de la gente bonachona que se dejara envolver con nuestros choros mareadores. ¡Qué buenos tiempos de cinismo puro!

En esta isla también descubrí mi libertad sexual. Me permití coger como se debe: sin daños, prejuicios o enamoramientos tormentosos.

Allí conocí a un tal Z, un italiano con una belleza interior y exterior increíbles. La relación más free y sincera la viví a su lado.

Al fin tenía alas y podía volar. Nunca más D, C, M, T o Z, y me convertí, consecuentemente, en KM.

Un día de aburrimiento navegaba en internet y encontré la página virtual del museo de Louvre: descubrí que el primer sábado de cada mes la entrada era gratuita. Entonces retomé mi primer objetivo al salir de México, y mi pasión por el arte me dijo: "Tienes que ir".

El invierno de 2000 lo pasé trabajando en el mercado negro, o "bajo la tabla", como una loca, en lo que se pudiese. ¡Qué importaba! El objetivo estaba decidido: visitar el Louvre.

Limpié casas, restos y antros, cuidé niños, acomodé piezas de pollo en una empacadora (allí me corrieron por estar interrogando a la gente), trabajé como mesera, lavé trastes y revelé fotografías en un estudio.

También descubrí la realidad de los inmigrantes. Claro que en esos momentos no tenía tiempo para detenerme a profundizar en abusos laborales, explotación, desigualdad en el ámbito laboral y violaciones a los derechos humanos. Tenía la cabeza muy ocupada debrayando y trabajando para llegar a París.

¿Qué puedo decir de París? Es un sueño que me gustaría volver a vivir.

París es el éxtasis.

Mi cuerpo volvió a México el verano de 2000, y digo mi cuerpo porque la otra parte de mí la había dejado en el viaje. Por supuesto, no vine para quedarme, y en corto me fui a trabajar a la playa.

Por primera vez trabajé como animadora y acompañante de niños y niñas en el Club Mediterrané. Éste es el empleo más cómodo que he tenido en mi vida, trabajando con niños y niñas, jugando y jugando a la orilla del mar. Olvidada de pagar renta y comida, en la fiesta total después de la chamba.

La verdad es que después me di cuenta de que el empleo era un enganche para jóvenes, bastante explotador. Trabajábamos más de doce horas al día y lo más punzante era que los chicos y chicas ex-tranjeros ganaban más del triple que las y los mexicanos, por venir contratados desde sus países de origen. Tenían una buena estrategia para manipularnos: hacernos sentir en libertad.

En septiembre de 2001 tenía dinero suficiente para seguir viajando. Pasé a visitar por unos días La Habana Vieja y a la gente calurosa de su pueblo. No me quedé el tiempo suficiente para conocer la isla, pero la alegría mezclada con la nostalgia se refleja en sus edificios antiguos en ruinas, y sus callejuelas oscuras me hablaron de una ciudad colosal.

LA VIOLENCIA COMO HERENCIA

Me hallaba enganchada en la atracción física que el padre de mi hijo me provocaba; en lo escultural de su cuerpo; en el color, el olor y la temperatura de su piel; en su mirada profunda; en sus manos grandes y bien formadas; en sus brazos largos, estéticos y atrayentes. Estaba seducida por la labia de sus promesas, extasiada por la forma en que nos saciábamos cuando hacíamos el amor, atraída por las formas de su cultura, embelesada en la tragedia de su vida con sufrimientos que hice propios.

Así, entre desconuelos, nos dejamos ir en una relación en la que jugábamos los papeles de masoquista y sádico, príncipe y princesa, ángeles y diablos, días radiantes y vivaces, afligidos y luminosos, días sombríos y difuntos. Un amor entre dos culturas desde siempre trágicas. Confundidos por la soledad, entre el amor y la dependencia afectiva, entre estar enamorado y amar.

Meses antes, él me hablaba con todo el misticismo de su cultura sobre sus deseos de tener un hijo conmigo, de casarnos. Hablamos incluso del nombre que mi hijo ahora lleva, cuestiones de religión, educación, proyectos de vida, de ir a vivir a Granada.

Una noche charlamos incluso de lo que deberíamos hacer cuando uno o el otro muriera.

Nos jurábamos amor eterno.

Anuncié a mis padres mi decisión por teléfono. Mi madre, alarmada, me juzgaba fuera de mí y aseguraba que jugaba a algo. Seguro que estaba fuera de mí, pero en ese presente mis sentimientos eran reales.

Recuerdo también una noche en que me dibujé embarazada, sentada sobre un planeta, volando en el cosmos. Mi pareja, a lo lejos, extendía su mano para alcanzarnos y nosotros nos escabullíamos.

Ahora, cuando vuelvo a pensar en lo que plasmé en aquel momento, la imagen fue como un auspicio.

El crudo invierno de enero de 2002 vino con una noticia que haría

girar mi vida 180 grados. A partir de ese día viví una re-lación atormentada, comparable a aquellas que Roman Polanski gusta dirigir.

Sonará chusco, pero un antojo de torta chilanga de tamal, de esas que venden afuera de las iglesias, como la que mi madre solía comprarme cuando aún lograba convencerme de que su Dios existe, me condujo a un presentimiento de embarazo que se confirmó a las pocas semanas.

Me hice una primera prueba de embarazo, la cual salió positiva y recibí con una negación. Pedí dinero a mi mejor amiga para hacerme una segunda y, entonces, guardé silencio, como muchas otras veces durante esta relación. Bajé a la realidad, se terminó el drama escénico en el que vivía. Tuve miedo. Me sentí sola.

Caminé confusa en la nieve blanda, balanceando mis pensamientos entre mi libertad, mi libertinaje y la importancia que tenía en mi educación formar una familia.

Muy dentro de mí me negaba a renunciar a mi vida excéntrica y convertirme en una mamá y mujercita de familia, pero de otras cuencas de mi interior surgía en mí el deseo de dar vida y dejar huella y, por qué no, tener una linda casa mexicana-árabe.

Nunca he tenido prejuicios sobre el aborto. Me hice uno bien clandestino y caro a los veinte años en la ciudad de México. En una farmacia recóndita de Tepito un médico vendía unas tabletas con un par de ampollitas que provocaban el aborto y también unos dolores terribles y unas hemorragias serias. Su única condición era que el producto tuviera no más de dos meses. Al tipo nunca lo vi: todo fue a través de un intermediario.

Esta vez sería más fácil, pensé. En Montreal el aborto es legal y seguro. Conseguir el dinero no sería difícil y fui con mi decisión a anunciar la noticia.

Al principio su cara se iluminó como nunca la había visto y me recordó aquel sueño en el que Alá le había anunciado que pronto sería padre, pero cuando le informé mi decisión, el mundo se le vino abajo.

Me trató de asesina, y fue allí cuando mi imagen de ángel se convirtió en demonio para él y nunca más volví a ser “mujer de familia”. Algunas de sus palabras, cargadas de moralidad estúpida y de plomo, me recordaban las de mi madre.

Era su hijo que tanto anhelaba y la razón única para lo que yo había aparecido en su vida, dijo.

Sintiéndome como un objeto, huí de su espacio, sin darme cuenta de que lo que había comenzado como un juego pasional me llevó a un torbellino, a un océano tenebroso que después supe se llama “círculo de la violencia”, del cual intentaría escapar en repetidas ocasiones sin éxito.

Me refugié con mis amigos y amigas durante algunas semanas. Preocupada, recapacitando, reconsiderando, durmiendo y comiendo poco. Él me llamaba constantemente. Nos encontramos en un par de ocasiones para hablar.

Me vuelvo a ver sentada en aquella cafetería, en el pasillo que conduce a una de las salidas del metro Jean-Talon. Él, desencajado y con lágrimas en los ojos, yo, liada, abatida. Aun ahora, mientras escribo, no logro definir qué fue más pesado: mi sentimiento de culpa, el miedo o la fuerza de la vida, lo que me hizo cambiar de idea.

Volví a mi tierra de origen para anunciar la llegada de Camino Luminoso. Me fui persuadida por la riqueza de las raíces culturales que heredaría mi hijo. Con dos meses de su vida en mis entrañas empecé a glorificar esa vida familiar que podría ser posible y que tanto me habían inculcado. Regresé creyendo en su amor, seducida por la oratoria de sus promesas y nuevamente catequicé mi realidad con fantasía, como lo había hecho durante mucho tiempo de mi vida.

A mis casi treinta años seguía siendo una niña con conciencia inocente.

Intento separar sin éxito mi embarazo y la violencia. Nuevamente me toca el alma reconocer que el proceso de gestación y el primer año de vida de mi pequeño lo vivimos entre gritos, insultos, suplicios, acosos, miedos, llantos, agresiones y amenazas, estrés, huidas,

incomprensión, intolerancia, ignorancia, indiferencia, confusión y muy pocos, muy pocos días de calor, que conservo en mis recuerdos para lograr superar ese infierno.

Visité la ciudad de México por un par de meses, con cuatro de embarazo, dinero prestado de mis padres, una nueva fantasía en la cabeza, dos maletas llenas de ropa azul, blanca y amarilla de bebé, y un vestido que mi padre me compró para la boda. Volví a Montreal.

La tierra que representaba mi libertad bien pronto se volvería un abismo, una prisión que me dejaría abatida, casi sin vida.

Me casé y entré a este espejismo de matrimonio el mes de junio de 2002.

Recibí el primer balazo de traición y realidad después de dos meses, cuando él se negó a llevarme al médico argumentado que las embarazadas no necesitan supervisión por ser una condición natural de la mujer, como su madre le había dicho.

Replica que no soy una princesa, que no pagará el dinero prestado por mis padres para mi regreso porque no se había comprometido, y al día siguiente yo tendría que ir a trabajar al negocio de su hermano para pagar mi renta y mi comida.

Divulga que el niño que llevo en el vientre es su primogénito y, como el Corán lo dice, le pertenece. Me advierte que algo tengo que hacer para quedarme en Canadá de forma legal, pues él no se hará responsable de mí.

Me encuentro inerte escuchando cada palabra. Estoy de pie junto a aquella mesa pequeña para dos personas. Mi vista se dirige al plato extendido color café que está junto a mis manos, y con la ira más grande que jamás había sentido, tomo el plato y lo lanzo hacia él, queriendo deshacerme del colapso emocional que en ese momento siento.

A partir de ahí, y durante dos años, mis lágrimas no paran de recorrer mi rostro. Ahora mismo, al recordarlo, la cabeza me duele y las lágrimas vuelven.

Reconozco que el miedo y la culpa me impidieron llamar a mis padres para pedirles ayuda.

Embarazada de cinco meses, sin dinero e intrusa en el gueto musulmán, me sentí perdida en un laberinto.

Una amiga me habló de pedir refugio en Canadá, que era la última moda entre chicos y chicas ricas que huían de sus realidades y de homosexuales que reclamaban vivir su realidad con libertad.

El gobierno canadiense me daría una cantidad mensual para vivir y, sobre todo, seguro médico para atender mi embarazo. Al final, si mi candidatura no fuese aceptada, sólo tendría que volver a México. Era como estar de vacaciones con todo pagado. No perdía nada y me sacaban del apuro; ése fue su argumento.

En ese momento me pareció bastante convincente y adecuado para mi situación. De un día a otro tenía que hacerme adulta, responsable de mi vida y de la de mi hijo.

Mejor esto antes que volver a mi casa con toda la historia para recibir etiquetas y juicios.

A los siete meses de embarazo me encontraba en un centro para inmigrantes. Me encontré con una consejera a quien le relaté lo que estaba viviendo.

Después de pagarle por sus servicios, me dio las indicaciones necesarias para comenzar el proceso para pedir refugio como víctima de violencia doméstica. Me dio la dirección de un hombre a quien debería pagarle por inventarme una historia y presentarla en Inmigración junto con los formularios que ella misma me facilitó.

Por primera vez en mi vida escuchaba los conceptos violencia conyugal, refugio e inmigración. Con el tiempo comprendería que el primero era mi realidad, el segundo una mentira y el tercero un negocio redondo.

Y, mientras, los días entre musulmanes pasaban pesados, llorando, con estrés, obligada a trabajar, acosada, sentada entre gente que

hablaba en árabe sin darse cuenta de mi presencia, y yo encantada por la armonía, la fuerza, el canto de esa lengua.

Soy bonita, y embarazada lo era doblemente. Los hombres árabes de la comunidad volteaban a verme constantemente, lo cual contrariaba a mi pareja.

Todas esas miradas se revertían en conflicto para mí. Él decía que yo no debía dirigir mi mirada a los hombres, porque los provocaba. Se generaba un juego de celos terribles a los que él reaccionaba con violencia y su boca era un filo que atravesaba mi mente, mi alma y mi espíritu. Murmuraba en mis oídos frases minimizantes y humillantes que me acosaban y atormentaban por las calles. Sus acusaciones me hostigaban, y muy pronto su mirada estaba presente a pesar de su ausencia.

Los pocos días luminosos eran aquellas visitas al médico, en que hablábamos de mi hijo y su proceso y, sobre todo, cuando a través del ultrasonido podía verlo creciendo. También los días en que me encontraba sola en casa, perdida entre mis pinceles y mis pinturas. Disfrutaba las pocas oportunidades que tenía de estar sola, de sentir el calor del comienzo del verano y de escuchar el tronido de las hojas secas cuando podía perder la mirada en los tonos ocres del otoño. Cuando la serenidad volvía a la pareja, y sobre todo cuando él lograba alejarse de sus tormentos y los juicios de su familia, conseguimos escapar y hacer pequeños viajes que nos conectaban con la naturaleza.

El embarazo requiere de paz, empatía y amor. Yo lo sufrí por la falta de responsabilidad de mi pareja, la pérdida de nuestra autoestima e identidad, la presión familiar, la confusión, el miedo, los celos, el control económico, los cambios continuos de casa, las depresiones y los malestares naturales del embarazo.

Mi inconsciente buscaba mi libertad dando patadas, gritos y manotazos sin ser escuchada. Me encontraba completamente aislada. En ocasiones hablaba con mis padres por teléfono y mentía diciendo que todo estaba bien.

El recuerdo más feliz de mi embarazo en pareja me remonta a un fin de semana en la ciudad de Quebec, una caminata larga por la carretera, donde nuestros espíritus viajeros y aventureros se reencontraron. El sentido del humor cautivador del padre de mi hijo volvió por unos días. Nos escapamos de todo y de todos, y durante menos de setenta y dos horas disfrutamos de la presencia de nuestro Camino Luminoso.

Por menos de setenta y dos horas volvió a él esa mirada cristalina donde un día vi al ser sensible, humilde, simpático, noble y tierno que pronto se volvería a perder entre las sombras.

Llegué al hospital acompañada de mi madre, quien llegó una semana antes a Montreal. Estaba estresada después de una disputa temprana. Salimos de casa casi a oscuras, con ese viento frío de otoño que sopla y hiela la cara.

Me indujeron el parto a las siete de la mañana. Los nervios y la agitación, combinados con la felicidad y la exaltación, fueron cubriendo el entorno. Mis mejores amigas llegaron para quedarse durante el parto, al igual que el progenitor de mi hijo y mi madre.

A las dos horas empecé a tener dilatación y contracciones continuas. En la sala de expulsión había risas, chistes. Celebrábamos el acontecimiento con fiesta.

Los ojos de mi entonces esposo brillaban como nunca más los volví a ver.

Su nerviosismo lo mantuvo en un movimiento constante y encontré por fin su presencia, ausente durante todo el embarazo.

Fue también la única vez que logró defender su decisión ante su familia, que criticaba con dureza mi petición de que me acompañase durante el parto y, sobre todo, de que cortara el cordón umbilical.

A lo lejos, mi mirada se cruzó con la del abuelo, con quien siempre tuve una complicidad y un cariño especial que hasta hoy día guardo con respeto y cariño.

Tengo muy presente la visita de su madre. Su mirada fría cruzando mi vista y su frase en perfecto francés, que apenas hablaba,

exigiéndome dejar de llorar. Le grité a mi madre que la sacara inmediatamente y en mis entrañas se despertó un sentimiento de rencor que nunca logré superar.

La presencia de mi madre, su comprensión, sus palabras tiernas al oído, su cariño y sus caricias marcaron aún más ese día.

El dolor fue aumentando y mis fuerzas físicas disminuyendo. Llegó un momento en que mi cuello no pudo sostener mi cabeza, veía luces de colores y en cada contracción me sostenía del pulgar de mi compañero. Experimentaba todo tipo de sentimientos y emociones: felicidad, dolor, frustración, coraje, tristeza, compasión, amistad, pena, hermandad, molestia.

Mi hijo continuaba rehusándose a nacer y después de la epidural perdí la sensación de las contracciones. Los médicos anunciaron que el ritmo cardíaco del bebé bajaba y por un instante, todos en-tramos en estado de choque; por segundos nos invadió el silencio.

Los sonidos regresaron con la voz masculina del médico que decía: "Si no nace a tiempo, utilizaremos fórceps". La sala pronto estuvo llena de enfermeras. Una de ellas, delgada y fina, con rostro moreno-grisáceo, como la gente de Bangladesh, y ojos enormes que me recordaron las imágenes de Rama, estaba delante de mí, entre mis piernas y se presentó con voz dulce: "Tranquila, te voy a ayudar".

Sin sentirlo, Camino Luminoso estaba entre mis brazos.

¡Qué instante eterno y efímero!

VICTIMIZACIÓN, VIOLENCIA Y VÍCTIMA

Hoy hace frío en Sancris y el día es gris. Este clima me sienta muy bien. Me hace recordar la entrada del otoño en Montreal, esos días en que mucha gente se niega aceptar que está terminando el verano y que tenemos que cubrirnos.

El punto justo en que los árboles empiezan a jugar con sus tonos verdes, amarillos, rojos y anaranjados.

Me acuerdo de aquellos días en que comencé a comprender mi victimización cultural y a deshacerme de ella, cuando empecé a odiar el “ya ni modo, así es la vida” y el “pobrecita”, esa mueca de sumisión de mi abuela materna, de mi madre y tías, y ese suspiro de resignación que ahora, cuando vuelvo a escucharlo, me cala hasta los huesos. Al mismo tiempo pienso en la incapacidad de llorar de mi padre, hermanos y amigos. ¡No llores que eres hombre!, decían constantemente a los chicos en mi familia.

Cuando tenía doce años, una motocicleta nos arrolló a mi madre, a mi padre y a mí en la colonia. Siempre tendré claro cómo voló mi madre, como una muñeca de trapo, a una altura aproximada de medio metro y a una distancia de dos, cómo cayó su cabeza sobre el pavimento, y el recorrido que me pareció enorme en el momento en que corría hacia ella.

Yo, en crisis, gritaba fuertemente al ver a mi madre inerte y con los ojos abiertos. Mi padre se había perdido completamente de mi visión y de mi cabeza.

La calle estaba llena de conocidos y desconocidos en un momento, y pronto me volví el centro de atracción que lamentaba tal accidente.

Recuerdo que dentro de mí experimentaba sentimientos encontrados y un gran miedo, pues creía a mi madre muerta, pero al mismo tiempo disfrutaba del continuo “pobrecita niña”. Durante toda mi infancia me había sentido sola, que nadie se fijaba en mis sentimientos y emociones. Éste era un evento trágico, placentero y memorable en mi vida. Al fin todo el mundo volteaba a verme. Allí, entre la sangre que salía de la cabeza de mi madre y manchaba mi ropa y la multitud curiosa, me declaré oficialmente VÍCTIMA.

Y me dirás que estaba siendo víctima de la imprudencia de aquel chico que manejaba a alta velocidad. Sí, también de la demora clásica de la Cruz Roja, de la incompetencia de médicos y policías, y de la impunidad, pero yo hablo de ser víctima: un ser humano que

tiene como hábito sufrir.

Hablo también de ese “punto de debilidad” que nos han hecho creer que es característica de la mujer, de ese punto imbécil que para lo único que sirve es para fundir nuestras vidas en el sufrimiento. Basta con ver esas estúpidas telenovelas en las que el papel de la mujer es un constante correr de lágrimas por el amor. Nos tragamos los papeles de Libertad Lamarque y Blanca Estela Pavón. La televisión nos obligó a convertirlas en nuestras heroínas y así reproducir sus comportamientos.

Aquí y ahora yo soy mi propia heroína. No busco la admiración de los otros; soy capaz de admirarme y retroalimentarme a través de mis propios logros y de crecer con el aprendizaje a partir de mis errores.

Durante mis sesiones de desvictimización, logré vislumbrar la mala educación de este sistema patriarcal que nos marca y divide entre “sexo fuerte” y “sexo débil”.

Nosotras, las mujeres, somos frágiles, pero esto les fue arrebatado a los hombres. Nos dividieron, dejamos de ser pareja, dejamos de ser compañeros y compañeras de vida y convertimos al amor en un campo de batalla continua.

Insisten en querer vernos como el sexo débil, incapaces de pensar. Sigue habiendo mujeres que se prestan para hacer publicidad con sus cuerpos. Salen con sus grandes senos inyectados de silicona. Orgullosas de ser mujeres-objeto.

La victimización minimizó nuestras capacidades y habilidades. Durante generaciones nos asignó el papel de amas de casa y madres abnegadas, y les negó a los hombres la satisfacción y el derecho a la ternura, a una paternidad placentera, y los convirtió en el padre de familia cuya única misión es trabajar para llenar la barriga de hijos e hijas y, de paso, el de la “pobre mujer”, que no sabe hacer otra cosa que quejarse de sus múltiples achaques.

Como diría la antigua canción infantil:

Arroz con leche me quiero casar...

Que sepa tejer, que sepa lavar...

Es verdad que algunas contemporáneas trabajamos, compartimos gastos. Esto no es liberación femenina si, después de la chamba o el fin de semana, hay que dedicarse a las labores domésticas que, al parecer, siguen siendo exclusivas de la mujer.

¡Ah, claro! Olvido que a veces tenemos el dinero suficiente para pagarle a otra MUJER para que haga dichas tareas, así nos liberamos un poco más, según nosotras, y tenemos tiempo para estudiar, tomar café con las amigas y seguir llorando la incomprensión continua de nuestras parejas y las injusticias de la chamba... ¡llorar y llorar!, sin proponernos solución alguna.

Los divorcios son más comunes porque las mujeres "ya no aguantan", dicen los hombres. Las madres solteras somos más cada día y nos enfrentamos a la falta de apoyo de los progenitores y del Estado, ¿qué hacemos?

Nos apropiamos de la vida de nuestros hijos e hijas con el pretexto manipulador de que crecieron en nuestras entrañas. Los tragamos, los manipulamos y nos sentimos con el poder de dirigir sus vidas. Los convertimos en objeto de nuestra venganza, y muchas veces terminan haciendo el papel de "hombre de la casa" o de mujer abnegada.

Muchos y muchas al escucharme hablar de violencia doméstica me responden: "En mi casa no ocurren estas cosas", "No hay golpes ni gritos", pero la negación es el primer punto que nos obliga a quedarnos en este tipo de relaciones destructivas.

Reconocer la violencia en nuestras vidas duele.

Algunas otras mujeres y hombres suelen decir: "Pero mis hijos necesitan a su madre y a su padre juntos". Un padre que pasa horas fuera, llega a casa cansado y sin ganas de jugar y escuchar un poco a sus hijos e hijas, mucho menos está listo para mirarnos, tocarnos o decir palabras tiernas; debe ser extremadamente pesado pertenecer al sexo "fuerte".

La verdad que se oculta detrás de semejante pretexto es que te-

ne-mos miedo de estar solos y solas, con hijos o sin ellos. Nos educaron para guardar silencio y reprimir nuestros sentimientos. ¿Cuántas veces nuestros padres nos obligaron a callar nuestro llanto, nuestras risas, y nos ignoraban con frecuencia cuando contábamos con ahínco nuestros descubrimientos al respondernos con un frío “ah”?

Vivimos en una constante dependencia afectiva, producto de nuestra baja autoestima. No sabemos vivir con nosotros y nosotras mismas y, como no nos conocemos, dudamos de nuestras capacidades y habilidades. Vivimos deseando ser reconocidos porque no somos capaces de sentirnos orgullosos de nuestros logros y nos duele enfrentar nuestros errores; tenemos miedo al rechazo y tampoco sabemos expresarnos.

El cúmulo de tristezas, frustraciones, miedos, cóleras... en nuestros corazones y mentes se convierte en una bomba que, cuando estalla, arroja todo al mismo tiempo, ya sea en forma de gritos, insultos, reproches, a veces golpes o con agresiones sutiles con los que ignoramos al otro, le minimizamos o juzgamos, y luego nos sentimos culpables.

Y esto es leve, dirán muchos con ironía. Hay quienes matan a sus mujeres, otros y otras que abandonan a sus hijos e hijas; allí están los alcohólicos, los drogadictos, los rateros, los asesinos, la prostitución, los femicidios, la explotación, la esclavitud, los niños y las niñas trabajadoras, los maltratados y los que tienen hambre, la guerra, etcétera.

Banalizamos la violencia y, para distraernos, nos sentamos a ver el televisor y nos tragamos la mentira que dice que para existir necesitamos consumir.

Comencemos por reconocer que la violencia no tiene grados y que somos de los seres vivos más frágiles del planeta Tierra.

¿Somos víctimas? Sí. ¿Quién es el culpable? Este pinche sistema capitalista neoliberal, corrupto. Mortal.

A veces pienso y siento que no he hecho ni madres, que nada funciona, y todo porque no tengo dinero suficiente para cubrir mis

necesidades básicas y las de mi pequeño.

Es seguro que lucho todos los días, como muchos y muchas, pero, como sabemos, aquí se tienen que hacer trabajos sobrehumanos para sobrevivir. Justo ahora no tengo dinero suficiente para comer ni beber, porque si tomo agua de la llave, me enfermo, y si tengo que hervirla, pago más gas o más luz si me compro una parrilla eléctrica. Tampoco puedo pagar una renta completa, no tengo servicio médico y, para tenerlo, tengo que renunciar a mi dignidad y aceptar empleos donde me explotan.

Cuando todo esto me ocurre, no puedo evitar odiar a mi madre, a pesar de saber que ella es una víctima más de este puto sistema.

Siento que estoy haciendo un trabajo físico, psicológico y emocional acelerado. Afortunadamente mi cerebro y mi corazón son resistentes y equilibrados. He ido buscando por aquí y por allá, pasando dolor tras dolor, enfrentándome a la miseria, encontrando entes masculinos y femeninos que devoran seres vulnerables.

A veces, cuando siento los días muy grises, tengo la impresión de que aquí solamente pueden vivir con dignidad quienes dicen tener un documento estúpido que certifica que saben algo, los hombres y mujeres con dinero, los extranjeros que por su linda cara son bienvenidos, ya sea por su capital o por su gran sentimiento de reivindicación.

Muchos y muchas regresan solamente en busca de nuestra tierra, desde aquel que quiere explotarla, hasta el más inocente que viene huyendo de las ciudades grises y de asfalto con toda justificación.

Muchos y muchas siguen tan inconscientes que ni siquiera viendo la herencia que estamos dejando a nuestras generaciones futuras, dejan de consumir mentiras.

Nací con el estigma de ser mujer. Mi madre, con ignorancia y miedo, me bloqueó el camino para vivir en esta sociedad de combate.

Ahora mismo me estoy asfixiando al querer contribuir al camino de los que luchan y, al mismo tiempo, encontrar la puerta para alcanzar mi libertad y mi autonomía.

Mujer lesbiana, mujer soltera, mujer madre, mujer madre soltera, jóvenes y ancianas, mujeres y hombres conscientes, ¿hasta cuándo seguiremos heredando violencia?

¿Dónde está la lucha? ¿Dónde los luchadores y las luchadoras? ¿Dónde están los que sobreviven al dolor? Porque hoy yo no puedo más en esta sociedad patriarcal, en la que también las mujeres devoran a mujeres.

CAMINO

El mes de noviembre de 2002 llegué por primera vez al albergue para mujeres víctimas de violencia conyugal Flora Tristán en Montreal.

Por esos días yo discutía fuertemente con el progenitor de mi hijo por su decisión de llevarse al bebé para hacerle la circuncisión sin tomarme en cuenta. Yo protestaba continuamente por querer obligarme a registrar a mi hijo únicamente con su apellido.

Vivía la depresión posparto, que empeoraba con las exigencias y la presión de la abuela musulmana, la presencia sobreprotectora de mi madre y la violencia psicológica del progenitor de mi hijo.

Mi madre me visitaba por el nacimiento de mi hijo, y al darse cuenta de mi situación crítica de violencia, se las arregló para hablar con mi querida amiga CB y juntas armaron un complot para sacarme de casa con mi hijo.

Una mañana recibí la visita de mi amiga CB con el pretexto de conocer a mi hijo. La nieve caía, CB me llevó a su auto para intentar hacerme comprender la realidad que estaba yo viviendo. Yo tenía mil sentimientos encontrados, estaba completamente vulnerable y sus frases me parecían filosas como navajas.

Al entrar a casa, mi madre y CB anunciaron al padre de mi hijo que me llevarían a desayunar, y se desató allí un enfrentamiento.

El progenitor de mi hijo es astuto, tiene olfato de chacal y ya

presentía que estas mujeres maquinaban algo en su contra.

Al intentar salir, él bloqueó la puerta y empujó a mi madre. En ese momento CB llamó a la policía.

Tenían todo preparado: la hija mayor de CB apareció en la escalera exterior preparada para recibirme con mi hijo en los brazos. En ese momento también llegó la policía.

Entré en el auto y me llevaron al centro comunitario Casa Cafí, que ya conocía desde hace tiempo y donde tenía amigas y amigos.

Allí hicieron las llamadas necesarias para colocarme en el albergue.

Me recuerdo sentada en ese sillón antiguo, con mi hijo en brazos, dislocada, muerta de tristeza, frustración, vergüenza y culpa. No era capaz de tomar decisión alguna por mí misma.

Al llegar al Flora Tristán, G, una mujer polaca con rostro y voz tiernos, me recibió. Lo primero que llamó mi atención en aquel lugar fue un cartel pegado en la pared con un mensaje en letras grandes: "NO MÁS VIOLENCIA COMO HERENCIA".

En él se explicaban los tipos de violencia, y se veía a una mujer saliendo de la oscuridad.

Después de dejarme sosegar mi pena, me llevaron a la oficina, donde comenzaron a hacerme una serie de preguntas, con mucho cuidado de no lastimarme por el estado tan vulnerable en que estaba, pero sin victimizarme; las trabajadoras sociales que me recibieron eran de nacionalidades chilena y guatemalteca.

La mujer guatemalteca con ojos grandes, oscuros y bella sonrisa me cuestionaba, mientras MZ, la chilena, intervenía con voz tan firme que pronto me despertó de mi estado inconsciente.

Junto a ella continué mi proceso de desvictimización y, al poco tiempo, supe que ella también había vivido la misma experiencia. Saberlo fue fundamental para mí en mis procesos.

MZ es una mujer pequeña con una fuerza inigualable; su gran ímpetu fue por mucho tiempo mi gran apoyo.

Durante un mes estuve en este albergue en compañía de mi madre y de mi hijo y durante este tiempo compartí con mujeres quebequenses, iraníes, rusas, latinoamericanas, africanas y musulmanas; amas de casa, arquitectas, ingenieras, profesoras y casi todas MADRES.

Me hice consciente de que la violencia no era exclusiva de mi vida y me di cuenta de que es la realidad de mujeres de todas edades, nacionalidades, condiciones económicas y culturales.

En este lugar la convivencia era verdaderamente armónica. Se vivía un ambiente de solidaridad continua. Ahora pienso que fue allí donde comencé a vivir en comunidad, feminismo e interculturalidad.

También confirmé que los idiomas dejan de ser una barrera en situaciones adversas: muchas mujeres no hablaban francés, inglés ni español, pero esto no fue obstáculo para comprendernos y compartir un mismo espacio.

Pasaba muchas horas sentada observando a mi pequeño. Camino Luminoso era el niño más pequeño de ahí, y parecía feliz sentado en su silla de bebé en medio de estas mujeres que le hablaban en sus diferentes idiomas.

Durante la semana nos reuníamos con el grupo de apoyo. Nuestros hijos estaban atendidos en el espacio diseñado para ellos y ellas y siempre acompañados.

MZ me acompañó para comenzar los procesos jurídicos correspondientes, me orientó para solicitar la ayuda social dándome siempre información clara y precisa para que me condujera de manera independiente y autónoma.

Nunca me sentí obligada a tomar decisiones, y el trabajo de estas trabajadoras sociales es tan profesional que en ningún momento me sentí juzgada.

A finales de diciembre, un poco más repuesta, encontré un apartamento con un cuarto y un baño, cerca del metro Laurier, para vivir con mi hijo y continuar mis procesos.

Era enero, las grandes nevadas comenzaban. Una de esas tardes me acompañaron al departamento donde vivía para recoger cosas

necesarias y básicas para mi bebé y para mí.

Llamamos a la policía para que nos acompañasen al apartamento. Llegaron dos mujeres altas y con fuerte presencia a aquel lugar alejado del barrio Saint Leonard.

El progenitor de mi hijo abrió la puerta. El tipo estaba hecho una piltrafa humana, sumido en una depresión profunda. Quedé atónita del estado en que se encontraba. En una semana había perdido por lo menos cuatro kilos, las ojeras características en los hombres árabes se acentuaban aún más en su rostro. Aquel bello departamento estaba hecho un verdadero "burdel", apestaba a tabaco y mariguana.

Al verme, preguntó por su hijo y soltó un mar de lágrimas. El hombre grande y fuerte, de un metro ochenta, se desplomó delante de mí, y esa imagen quedó grabada en mis recuerdos para siempre.

Intentó acercarse para hablarme, pero las policías le bloquearon el camino mientras la trabajadora social me animaba para que no entrara en choque y terminara de llenar las bolsas de plástico con mis cosas y las de mi hijo.

Es la primera vez que vuelvo a recordar esto después de casi cuatro años. Mis mejillas se vuelven a llenar de lágrimas y nuevamente me pregunto: ¿cómo nuestro inconsciente nos controla al grado de hacernos y provocar tanto daño?

Nunca sentí felicidad por el sufrimiento del padre de mi hijo, a pesar de que él perpetuamente relacionará esto con una venganza de mi parte.

El padre de mi hijo continuaba su acoso y pronto me localizó en ese departamento. Volví a creer en sus promesas por el peso moral y la culpa de arrebatarle el derecho a su paternidad.

Como ocurre en toda relación encerrada en el círculo vicioso de la violencia, las primeras semanas fueron una "luna de miel", pero pronto el infierno volvió a invadirnos.

El edificio donde encontré mi apartamento estaba lleno de estudiantes hombres, en su mayoría musulmanes. La inseguridad del progenitor de mi hijo no tardó mucho en manifestarse y pronto

comenzó a controlarme estupendamente; los arranques de celos rayaban en locura.

No podía controlar que los hombres, sobre todo los de su raza, voltearan a verme, y argumentaba, como siempre, que yo los provocaba. Su delirio llegó a tal punto que aseguraba que me comunicaba con el chico de al lado golpeando la pared.

Un día, luego de desayunar en un viejo y clásico restaurante de la calle Mont-Royal esquina con Saint Dennis, mientras cruzábamos la avenida un árabe me observaba a través de una vitrina desde el Second Coup, en contraesquina. La mirada de los árabes es tan profunda y atrayente que obliga hasta a una mosca a voltear. Sin más, el padre de mi hijo explotó en una crisis de cólera y comenzó a acusarme y a minimizarme. No grita, todo lo que pronuncia lo escucho muy cerca de mi oído; sus palabras lastimosas, constantes y en voz baja me hacen entrar en crisis. Lloro inconsolable con mi hijo en brazos.

Otra noche, la violencia recomienza: un vecino habla de mí con él en la lavandería del edificio, según argumenta al llegar al departamento.

Intento no entrar en crisis. Cubro a mi hijo; es enero, afuera la temperatura es de veinticinco grados bajo cero. Me arropo y salgo del apartamento en un intento de huir de este estrés extremo.

Él sale detrás de mí, acosándome y lastimándome, como siempre. Mi cabeza y mi cuerpo no pueden más e inesperadamente me desplomo en la nieve suave de los primeros meses de invierno. Mi hijo llora.

A la mañana siguiente, como por telepatía, me encuentro con MZ. Yo estaba sentada a la entrada del metro Laurier, pensando, nomás pensando, bloqueada, sin ser capaz de tomar decisión alguna. Hablé con MZ y nos fuimos al departamento a sacar mis cosas.

Regresamos al Flora Tristán, pero en el camino nos encontramos con el progenitor de mi hijo, quien nos buscaba desesperado. La

policía vuelve a hacer presencia.

Recuerdo a un policía que me habló directamente a los ojos y me dijo: "La violencia nunca desaparecerá de tu relación", me consuela durante el camino y me deja en un segundo albergue pa-ra mujeres.

MZ me llama para invitarme a sus próximas sesiones de desvictimización. Durante ese invierno asistí con regularidad y compromiso a Halte-Femme. Tenía que cruzar hasta el otro extremo de la isla durante el crudo invierno de enero y febrero, con mi hijo en la carriola, subiendo y bajando de autobuses.

La mayoría de las mujeres que allí estaban eran quebequenses, no hablaban una gota de español.

Aprendí muchísimo en ese grupo de apoyo y comencé un verdadero proceso de autoconocimiento, con el que redescubrí mi don artístico.

MZ, para estas fechas, era más que mi trabajadora social. Los lazos afectivos que se generaron entre nosotras fueron bastante sólidos.

A la entrada de la primavera volvió a aparecer el padre de mi hijo. Nuevamente consiguió manipularme con su promesa de cambio y su interés de visitar una psicóloga para "salvar" nuestra familia. Y, en efecto, comenzamos a ir a terapia de pareja sin resultado positivo alguno.

En esos días nos cambiamos a vivir a otro departamento sobre la calle Papineau. Nuevamente la luna de miel de unas semanas y otra vez el círculo de la violencia; las agresiones son más intensas.

Se preguntarán cómo puede una persona estar sumida en tanta desdicha.

Aún recuerdo a MZ diciéndome, después de mucho tiempo: "Cuando te encontré por primera vez, lo único que vi fue una hermosa mujer sin identidad con un hijo en brazos".

Finalmente decidí romper el círculo de la violencia, tomé mi vida en mis manos, mi realidad.

Me dediqué un año completo a conocerme, a analizarme, a valormarme y crecer junto con mi hijo.

En noviembre de 2003 llegué a vivir al apartamento de “segunda etapa” para mujeres víctimas de violencia, que en ese entonces coordinaba MZ.

Me encerré en mí, en el cuidado de mi hijo y comencé mis sesiones de arte terapia.

Durante ese largo año también continué con los asuntos judiciales en contra del padre, quien tenía cargos de violencia contra mí, violencia psicológica, amenazas de muerte, así como procesos jurídicos para los trámites de divorcio.

La Corte concedió al padre de mi hijo visitas un sábado sobre dos. Camino Luminoso tenía un añito y ya debía sufrir la separación de su madre algunos fines de semana.

Los acontecimientos están tan marcados en su pequeña mente que, a los dos años, era capaz de recordar la tristeza que le provocaba dejarme en esa estación del metro Berri-UQAM.

Aquella obra en tonos rojos al final del andén revivía su experiencia y me decía en un claro español: “Aquí, mamá, me dejabas y yo me quedaba muy triste”.

El padre de mi hijo no perdía oportunidad de manipularme para tratar de recomenzar la relación en cada día de visita, utilizando a nuestro hijo como pretexto.

Una mañana no vino a buscarlo como cada sábado. Al comunicarme con él, argumentó estar en depresión profunda y amenazó con suicidarse. Inmediatamente me comuniqué con mi abogada, me presenté ante la Corte para declarar lo ocurrido y el juez revocó su derecho de visita.

Mi hijo nunca más ha vuelto a ver a su progenitor.

Durante 2002 realicé todos los trámites para entrar en un programa de amnistía Argelia-Quebec, que concedía la residencia a las familias argelinas con más de tres años en espera de respuesta positiva.

A principios de 2003 recibimos la aceptación del gobierno quebequense, pero me comunicaron que el padre de mi hijo decidió

sacarme del archivo migratorio, abusando de que es el representante de tal archivo, y así perdí la posibilidad de tener mi residencia permanente.

En las oficinas de inmigración de Canadá mi situación fue banalizada, y el gobierno quebequense argumentó no poder hacer nada ante tal caso. Quedó claro que los derechos de la mujer y del niño fueron violados, pues la ley dice que si una familia en trámites migratorios se separa, sobre todo por razones de violencia, la madre, las hijas y los hijos tienen prioridad.

Moviéndome de un lado a otro, me encontré con los abogados del Centre Social d'aide aux Immigrants. Investigué sobre las leyes migratorias, derechos humanos, derechos de las mujeres, de los niños, escribí y presenté mi petición humanitaria al gobierno canadiense ese mismo año. Mi petición fue apoyada por mi psico-terapeuta y varios centros comunitarios quebequenses.

Mientras tanto, me dedico a seguir con constancia y congruencia mi proceso terapéutico. Comienzo a organizarme para una vida autónoma e independiente. Pensando en dejar la ayuda social lo más pronto posible, realizo mis trámites en el Ayuntamiento y obtengo el permiso como artesana en el dominio público.

Hago mi primera producción de papel maché. El jurado del Ayuntamiento califica mi obra como innovadora.

Me procuro un apartamento en una cooperativa del barrio de Charlevoix, uno de los más desfavorecidos de la localidad, pero también en pie de lucha social y con varios centros comunitarios.

Me integro a esta nueva sociedad fácilmente y me implico en sus diferentes espacios y movimientos.

Entre 2004 y 2005 también me registro como miembro de la Associés Bénévoles Qualifiés au Service des Jeunes (ABQJ), donde sigo durante un año la formación: Intégration des forces vitales humaines, impartido por el Institut de Formation Humaine Intégrale de Montréal. Me envuelvo en el trabajo voluntario en la Maison des enfants de l'île de Montréal pensando en adquirir experiencia para mi

inserción laboral y también realizo mi primer mural en pa-pel maché.

Durante el invierno de 2004 monto mi primera exposición en una cafetería alternativa que apoya a los artistas del barrio. Inmigración de Canadá está al tanto de todo esto.

El mes de febrero debo presentarme ante la corte del Palacio de Justicia para reiterar los hechos declarados en mi denuncia del año 2003.

Me preparo para dicha reunión en un centro comunitario que brinda apoyo a víctimas de violencia, donde me explican con claridad y precisión el desarrollo del juicio, cómo está conformado el jurado, la distribución de la sala, en qué posiciones se encuentra cada uno de los abogados defensores, así como las estrategias que utiliza. Hacen hincapié en que la acusada no soy yo, y me dan herramientas para el momento de mi declaración.

Asistí sola al juicio aquel. El momento de declarar llega, se me pide ponerme delante del juez y declarar "toute la verité". La abogada que defiende a la otra parte intenta desviar mi declaración, como me lo habían advertido, y confundirme con algunas preguntas.

Mi declaración es ciento por ciento en francés, y el juez al final dijo tener delante de él a una mujer "justa", que reflejaba los procesos psicológicos trabajados.

La declaración del progenitor de mi hijo fue bastante larga y complicada.

Mi abogada, quien me proporciona sus servicios a través de la ayuda jurídica de la provincia, lo "ataca" constantemente con preguntas. Él intenta defenderse como puede y cae en continuas negaciones. Sus emociones y sentimientos suben y bajan, al grado de que necesita sostenerse del escritorio que tiene delante para no desvanecerse.

Ella lo declara culpable luego de escuchar sus continuos argumentos sin sentido.

El juez parece desesperado, cansado, y antes de dictar el veredicto le habla con voz enérgica. Cada una de sus palabras quedaron

grabadas en mi recuerdo: “Señor, usted no es Dios. De hombre a hombre le digo que tanto usted como todos y todas las aquí presentes somos iguales. Usted no tiene derecho de ejercer violencia sobre ningún ser humano, mucho menos sobre la mujer que le dio vida a su hijo. Esa mujer está detrás, ¿usted reconoce haber ejercido violencia contra ella?”

A lo que él responde: “Sí, pero ella también contribuyó”.

El juez, con la cara enrojecida y un gran suspiro le contesta: “Señor, lo estamos juzgando a usted”. Le dice que su problema de violencia es tan grave que es capaz de utilizar a su propio hijo.

Le declara culpable y lo sentencia a tres años de libertad condicional, al término de los cuales deberá presentar constancia de haber seguido una terapia para hombres violentos.

¿Me sentí triunfadora? No. Experimenté mi dignidad.

Él estaba acompañado por un tío y su padre, y las palabras del juez dejaron lánguidos a aquellos musulmanes. Al salir de la sala, mi mirada se cruzó con la del abuelo de mi hijo, que reflejaba una gran tristeza. Nunca me sentí agredida y, por el contrario, su mirada era transparente y de complicidad. Esa complicidad que siempre caracterizó nuestra relación. Ambos sabíamos que nos estábamos despidiendo para siempre.

¿Que odio al progenitor? No, odiarle sería aborrecer la existencia de mi propio hijo.

A pesar de todo, me gusta creer que mi hijo es fruto de una relación especial entre dos seres que nos encontramos en un tiempo y en un espacio para alcanzar conocimiento de nosotros y de la vida misma.

Siempre he tenido capacidad para escuchar a los otros y a las otras. Mi error con él fue haberme apropiado de los sufrimientos de su vida tortuosa desde la infancia.

El progenitor de mi hijo es un hombre enormemente carismático, tiene una sonrisa encantadora y es accesible siempre. Lo que más detesta es sentirse utilizado. Es extremadamente sentimental.

El tiempo en el servicio militar y su cultura machista lo marcó para toda la vida. Le metieron hasta los sesos que por ser hombre no tenía derecho a amar, mucho menos a la fragilidad.

Es un ser inocente educado para la guerra. Transfiere sus patrones de dominación y sufre de un sentimiento de culpa que lo reprime y lo frustra hasta explotar y reproducir la violencia.

Nunca sentí que me maltratara de manera premeditada. Siempre tuve claro que sus acciones agresivas estaban fuera de su control, y toda esta claridad y el análisis de su pasado, aunado a mi fuerte sentimiento "maternal", me anclaron a él durante dos años que me parecieron una eternidad.

De estos dos años conservo en mi corazón los pocos momentos de felicidad que viví junto a él, conservo su mirada brillante y atractiva, las largas caminatas juntos por esta isla montrealés, pero sobre todo conservo la gran felicidad y angustia que compartimos durante el alumbramiento de Camino Luminoso, que nos dejará unidos en silencio por el resto de nuestra vida.

Él es el puente que me llevaría a mi misión y visión de vida: vi-vir sin violencia.

Decidí cancelar por completo la relación entre mi hijo y su progenitor porque, a pesar de comprender las razones de su violencia, estoy consciente de su falta de capacidad para el cambio. Fue muy cruel aceptar que su presencia es nociva para la formación íntegra de mi hijo.

No sé si un día Camino Luminoso llegue a comprenderlo, ahora no quiero inquietarme. Mientras tanto, él sabe que no le quitaré su derecho de ir a buscarle y conocerle, y si así lo decidiera, ya tendrá tiempo de hacer sus propias reflexiones.

Aquí y ahora sólo puedo decir que en la mirada de Camino Luminoso encuentro el alma blanca de un hombre-niño que marcó mi vida para siempre.

CUARTA PARTE

UNA MUJER, BRUJA Y ARTISTA QUE SIENTE AMENAZADA SU FELICIDAD

“Qué viaje, cuando uno se encierra en la razón.”

Alguna vez mi compañero me preguntó si yo era frívola. Afirmando que no lo soy. A veces soy envidiosa a madres, pero nunca haré nada por destruir la felicidad de otros u otras.

Ayer le dije a mi compañero que cierta situación me provocaba dolor. Para ser más específica: la energía de una mujer me molestaba y provocaba celos porque, desde hace mucho tiempo, vengo observando cómo se le lanza a cuanto hombre se deja. Y mi compañero no es la excepción.

Durante nuestra presencia en el segundo Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo, en Oventic, donde también se encontraba dicha persona, mi compañero tomó una fotografía que miré dos días después. En ella vi que aparece una mujer muy parecida a esta tipa. Mi primera reacción, y a la cual me quede prendida por un rato, fue de miedo.

Escribí a mi compañero un mensaje por internet para intentar explicarle cómo me estaba sintiendo en esos momentos. Le aclaré que no podía hacerlo de frente porque me sentía bloqueada. Ahora puedo agregar que me estaba poniendo violenta.

La violencia me bloquea. Antes saltaba dando gritos, puñetazos y patadas, pero ahora me deja muda, y cuando me descubro violenta, lloro, como ahora, porque me gusta pensar que soy Tolerancia Cero a la Violencia.

Lo que ahora me resulta difícil de enfrentar es la manera en que mi compañero me sacó de ella.

Sin avisarme, me sentó frente a la estúpida pantalla de la computadora. La planilla de fotografías estaba frente a mí y me pidió que

buscara la fotografía de la que hablaba. Inmediatamente me di cuenta de que la persona no era la misma y que mi interpretación fue incorrecta.

Sentí tanta vergüenza, que cerré de inmediato la máquina. Mi compañero volvió a abrirla y dijo: "Toca aquí (mientras me mostraba el músculo de su brazo); soy de acero".

La reacción de mi compañero me enseñó que mi actitud no fue la correcta, porque un problema se convirtió en un conflicto. Al acusarlo de mostrar interés en ella, debió sentirse triste porque desconfiaba de él, aunque no puedo evitar preguntarme si se sintió culpable. Lo comprendo, pero no justifico su acto.

Ahora, mientras escribo, me quedo muda, porque vuelvo a confirmar que la violencia genera violencia.

Sí, acepto que me equivoqué, como también acepto que tengo la virtud de reconocer mis errores. Me duele mucho cuando me llega el tiempo de hacerlo, por eso recurro siempre a las cartas para pedir disculpas, y las adorno, tal vez porque de esa manera mitigo nuestros dolores, tal vez porque soy muy cobarde.

Compruebo que sentirme amenazada me produce miedo, y aclaro que las mujeres frívolas me atemorizan porque las considero sin escrúpulos.

Muchos y muchas se preguntarán qué considero sin escrúpulos: una mujer frívola y sin escrúpulos o un hombre frívolo y sin escrúpulos son para mí aquellos que destruyen por rivalidad y ambición.

Durante mi viaje a la razón llegan a mí esos reflejos: hay una relación entre el miedo que la energía de esa mujer me provocó desde nuestro primer encuentro y la experiencia reciente. Se me dificulta discernir entre el auspicio y la realidad.

Lo que tengo claro es que, con frecuencia, me ocurren cosas parecidas con la perspicacia, y cuando la he ignorado por placer o porque me he visto forzada a ignorarla, me ocurren tragedias.

LAS TORMENTAS CESAN CUANDO UNA LO DECIDE

La violencia psicológica se detiene sólo cuando el cansancio nos deja dormidos. Pido ayuda sin que nadie me escuche. Los vecinos están cerca sin saber qué hacer. Esa tarde, mientras me agredía con sus ultrajes y desprecios, corrí a casa del vecino para no escucharle más, pero fue peor: me jaló por las escaleras con mi hijo en brazos.

Hoy los cables del teléfono están cortados porque ayer vino la policía y él logró manipularme para decir que todo estaba bien. Me mueve como un objeto.

Me encuentro sentada en la cama. Observo a mi hijo caminar de un lado a otro, está sucio, con la carita llena de lágrimas y tristeza; también tiene hambre. Estamos solos en ese departamento oscuro. Estoy deprimida sin poder levantarme; hace más de una semana que la guerra está en casa. Ya perdí la conciencia del tiempo, sólo sé que son finales de octubre porque hace algunos días o semanas fue el cumpleaños de mi hijo y el Ramadán comienza.

Una de esas noches, después de la batalla, nos abrazamos muertos de miedo. Allí nos despedimos. Nunca más estuvimos tan cerca.

La frustración me obliga a ponerme de pie. Esa noche me levanté e inesperadamente logré comunicarme con él. La escena de los dos hablando de frente, y mi cara sin lágrimas está presente. Recuerdo bien que después de mucho hablar sentí una luz inmensa. Hablé durante mucho tiempo, y por mucho tiempo él escuchó. Algo dentro de mí me dijo que el final estaba cerca, y muy dentro de mí empezaba a sentirme un poco más contenta.

Al día siguiente salimos para festejar el Ramadán, pero durante el camino a casa de sus padres pierde nuevamente el control y la violencia recomienza. Las humillaciones, los gritos, las amenazas

nuevamente entran por mis oídos.

Me amenaza con salir del país y que, al volver, moriré sufriendo. Frase clave que me indicó que debía retomar mi vida. Mi intuición me hizo pensar que la única manera en que yo podía morir sufriendo era si se llevara a mi hijo fuera del país.

Esa mañana corrí muchísimo. En mi mente sólo estaba la idea firme de terminar con todo esto. Tuve mucho miedo de perder a mi hijo; aun así, tuve que arriesgarme y dejarlo con él en la carriola para pedir ayuda.

A la distancia lo vi corriendo con la carriola detrás de mí, ¡qué persecución!

Tomé rápidamente un taxi. El taxista, al ver mi semblante lleno de angustia, aumentó la velocidad y se fue sin cobrarme. Entré a aquel edificio sobre la calle Papineau. Toqué el timbre de uno de mis vecinos y, por única vez durante toda esta experiencia, llamé a la policía con deseos de que ya estuviera allí. Mi voz indicaba mi precipitación, tanto, que la mujer al teléfono me pidió calmarme en varias ocasiones. Me di cuenta de su entrada al edificio y escuchamos cómo rompía cosas dentro de nuestro departamento. La policía llegó rápidamente y, mientras tomaban mi declaración, él se presentó a la puerta del departamento con el niño en brazos. Le exigieron regresármelo y por fin se fue detenido.

Declaré y me quedé sola con mi hijo en ese departamento que ya me parecía fúnebre. Lloré mucho tiempo, pero esa vez mis lágrimas eran de consuelo. Acudí al servicio médico, donde recibí inmediatamente protección y ayuda psicológica; la policía también puso una alarma en mis ventanas y puertas.

A pesar de la indicación que le dieron de no aproximarse a nosotros, él venía de tiempo en tiempo. Me sobresaltaba mucho cuando, de repente, veía su rostro demacrado pegado a las ventanas. Era una pesadilla verle rondar y husmear.

El arrendatario me demandó por incumplimiento de pago de renta. El control económico que ejercía era también enorme y es-tá-

bamos siempre en crisis.

Llamé a MZ, quien me apoyaba desde hacía mucho tiempo y seguía con dedicación y cariño mis procesos. Me ofreció un espacio en un albergue de segunda etapa para víctimas de violencia doméstica. Acepté.

El mes de noviembre de 2003 comencé mi verdadera lucha. Aún recuerdo sus palabras en aquel departamento blanco y renovado, con un sofá viejo en el salón, grandes ventanales y silencioso: "Hoy y ahora éste es tu espacio. No te apresures a nada, toma tu tiempo para recuperarte. Este espacio es para ti y para tu hijo me dijo . Descansa, sobre todo descansa".

La puerta se cerró y me quedé con mi hijo, observando a través de los ventanales las primeras nevadas del primer invierno que acompañaría mi soledad, el principio de mi lucha por mi dignidad, mi libertad y mi justicia.

AMOR PLATÓNICO

"El otoño de 2004 estaba yo floreciendo."

Un 15 de septiembre conocí a T con sus grandes ojos azules de-trás de los anteojos y una nariz de cacahuate, bien educado y medio burgués. Le encanta hacer el payaso y, por lo tanto, hacer reír a la gente, aunque, a decir verdad, a veces es bastante insípido en sus chistes.

El tal T tiene un rato deseando ser padre, así que desde que vio a mi pequeño Camino Luminoso, de escasos dos años, caminando como pingüino y hablando en un claro español para su edad, se quedó anonadado y pegado a nosotros hasta la fecha, a pesar de la distancia.

Mucho tiempo quise verlo como un padre sustituto para mi hijo; la relación entre ellos era fantástica. El tal T se dirigía siempre con ternura inigualable a mi hijo, estaba siempre pendiente de nuestras necesidades y no dudaba en estar presente en cuanto problema se

me presentaba.

Aunque la relación era bastante free, no era igualitaria, pues en mi condición de madre monoparental yo no tenía tanto chance de salir con otras personas, y más bien no tenía mucho interés en regresar a esa vida de amantes pasajeros. Desde entonces me siento bien en mi papel de madre, en mi vida adulta.

Me dedicaba de tiempo completo a mi hijo. Leía cuanta cosa me parecía interesante y útil para su educación y tenía la gran oportunidad de compartir mis dudas con psicólogas, pedagogas, maestras de lenguas y trabajadoras sociales. Pasábamos días completos en jugar, visitar las piscinas, los areneros, parques y centros comunitarios del barrio Charlevoix.

Las noches las pasaba dibujando, tratando de descifrar y discernir mis bloqueos mentales que me habían llevado a experimentar y aceptar tanta violencia.

Desde hacía más de seis meses estaba en terapias de desvictimización y, posteriormente, de arte terapia. Estaba trabajando conmigo misma. Vivía de la ayuda social y empezaba a diseñar mi proyecto de vida.

Mi vida transcurría ligera y sin penas. El tal T le daba un espacio cálido y familiar, aunque siempre supimos que no era algo real y que no estábamos listos para ser madre y padre del enano. Veíamos televisión, comíamos juntos, hacíamos pequeños viajes, salíamos de compras al súper. Incluso el tal T osó apoyarme en mis primeros intentos de autonomía, después de que su amigo F le habló de mi don artístico innato al ver algunas de mis primeras obras. T siente gran admiración por F, así que desde ese momento me convertí en la consentida artesana y artista del señor T, quien impulsó, apoyó y financió mi primera exposición en Montreal.

Pronto, el señor T me puso en una burbuja y me convertí en una consentida de renombre y, claro, después de tantas atenciones, comencé a engañarme con que podía enamorarme de él, quien siempre me pareció muy simpático, aunque faltaba algo elemental:

buen sexo.

De cualquier manera, T se ha convertido en mi mejor amigo, mi confidente, mi hermano, y el tío bonachón de Camino Luminoso para la eternidad.

LA MUERTA ERRANTE

Después de casi tres años de procesos migratorios, el gobierno canadiense decidió expulsarme de Quebec, una sociedad democrata y social donde gozaba de oportunidades, garantías, espacio y tiempo para vivir una vida digna en mi condición de mujer y madre soltera. La tierra que conoce el mayor de mis sufrimientos, mi magnánima pasión, mi locura desbordada, mis vicios. Esta tierra gélida donde mi lucha e invierno armonizaban con mi transformación en mujer consciente, autónoma, independiente y libre.

Entristecida por la violación de mis derechos y los de mi hijo, afectada porque me arrancaron de mi tierra por adopción, cargada de angustia y temores, pobre, con un pequeño de escasos tres años, pero con la claridad de un proyecto de vida construido durante mi residencia en Montreal, con una visión y una misión bien claras, con sueños, ilusiones e ideales que nunca me serán arrebatados, regresé a mi tierra de origen: México.

En esta mi nueva condición, con otras estructuras mentales y la experiencia de otros mundos, choqué con una ciudad de asfalto, en otro tiempo, otro espacio; me tropecé con mi familia, mis amigos, mis costumbres, mi cultura. No podía evitar verlos como retrógradas y desconocidos, sus abrazos y sonrisas me resultaban ofensivos. Estaban felices de verme, pero yo tenía una gran tristeza en el corazón.

Las construcciones en obra negra, la basura por todas partes, el bombardeo publicitario, el ruido interminable, los automóviles acumulados en las calles, la falta de árboles y parques, el andar agresivo de la gente, la miseria del gobierno, la inseguridad, la po-

breza de mi gente, la economía del país, la dificultad para respirar, los ojos irritados, las niñas y los niños de la calle, el estilo escandaloso de los mexicanos y las mexicanas, el olor a comida en las calles, las olas de gente en el metro, la falta de respeto al tiempo y el espacio de los otros, mi madre con su culpa, mi padre con su machismo, mi vegetarianismo incomprendido, la incapacidad para escuchar de mi gente, la ausencia del francés, mi nueva condición de madre soltera en la sociedad mexicana que no me permite ofrecer a mi hijo una calidad de vida semejante a la que teníamos en Montreal... me dejaron devastada.

El ambiente gris del D. F. me hizo sentir estigmatizada, avergonzada, incomprendida, juzgada, pero nunca más culpable.

Me sentía enojada con el mundo entero y con los más cercanos explotaba en crisis violentas. Mis relaciones afectivas con mi familia se fracturaron, todas mis emociones y sentimientos frustrados de la infancia salieron por mi boca. Juzgué a mis padres en voz alta, con el yugo que aprendí de la religión católica, al mismo tiempo que me asustaba de mí misma y estaba incontrolable.

Mi familia, en especial mi madre y mi padre, quedaron estupefactos, perdidos, afligidos, atormentados de encontrarme deshecha y sin poder aproximarse a mí.

Mi situación mental era un bloque de concreto. Sufrí lo previsto y avisado por mi psicóloga y las trabajadoras sociales que apoyaban mi petición humanitaria.

¿Dónde había quedado mi reflexión y comprensión sobre la violencia en todas sus formas? ¿Dónde todo ese tiempo de análisis de mi vida? ¿Dónde mis aprendizajes sobre los derechos de las mujeres? ¿Dónde esa realidad feminista que ya no me pertenecía? ¿Dónde los derechos de los niños y las niñas? ¿Dónde la libertad y la justicia?

EN MI HOMBRO PARA ACOMPAÑAR MI ADVERSIDAD

Pasé horas acompañada de un antiguo amor convertido en amistad perpetua. Un loco simpático con la virtud de escuchar abrió su corazón para recibir mi sufrimiento. Cada tarde, cada noche, venía a reanimarme con su presencia, disponibilidad y comprensión, y fui disipando mi pena hasta quedar en un estado menos frágil.

Así, a flor de piel y viviendo conscientemente ese choque psicológico, tomé a mi hijo y me quedé sola en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, me encontré con mi sangre indígena y me lancé al reencuentro con mis raíces. Necesitaba ayuda para reivindicar mis derechos y apoyo para encontrar el equilibrio que me permitiera florecer con libertad y dignidad; tenía prisa por dar a mi hijo tiempo de calidad; premura por recuperar mi independencia y autonomía para volver a tomar el camino de mi proyecto de vida.

La sangre mestiza me recibió como ajena. Alguien me ayudó por mi linda cara y mi culo, alguna otra persona porque mi circunstancia saciaba su hambre de misericordia.

Mi estado vulnerable alimentó a bastantes almas hambrientas y espíritus vacíos. Encontré a aquellos que tienen sus diplomas, certificados y reconocimientos decorando su pared, que dan al varo un valor supremo y provocan miseria por placer y con conocimiento de causa; a unos tres o cuatro de ellos mi fuerza y mis saberes les plantean un desafío; otro gran grupo de mestizos se alaba por haber estudiado a los pueblos indígenas, es decir, han tomado como objeto de estudio al pueblo, pues está de moda y deja buen dinero para vivir con consumismo moderado. También están los oportunistas extranjeros que construyen en tierra mexicana una linda cabaña para vivir en retiro espiritual y que dicen ofrecer servicio a la sociedad; los otros extranjeros, con complejo de conquistadores, que investigan lo ya observado, los que compran la tierra y los que satisfacen sus deseos con disfraz de reivindicadores. Aunque también hay verdaderos reivindicadores, conscientes de hacer un mundo donde

quepan muchos mundos.

Hubo quienes me trataron de loca, y cuando digo loca hablo de una enfermedad mental, porque, como declaré desde un principio, estoy loca. Esto porque, desde hace más de tres años y después de una reflexión y análisis de mi vida, estoy consciente de mis estados y procesos mentales, de mis bloqueos psicológicos y mis traumas. Conozco mi inteligencia, mi fuerza de voluntad, mi lucha, mi luz, mi genio, mi suerte, mi constancia, mi consistencia, mis herramientas, mis habilidades, mis capacidades, mis talentos, mi implicación con la lucha por la dignidad, los derechos humanos, mi búsqueda, mi arte. Tengo autoestima y, por lo tanto, autodeterminación.

A veces me quedo en estado contemplativo y me gusta. También sé que he estado haciendo un trabajo físico, psicológico y emocional acelerado desde hace más de un año y, afortunadamente, mi cerebro y mi corazón son resistentes y encuentran siempre el equilibrio; lucho para no caer en la victimización y la violencia.

No tengo ambiciones materiales. Sólo sé que sigo aprendiendo lo necesario para tener más herramientas con que perseguir mis objetivos.

Tengo la seguridad de que no cumpliré mis sueños, porque tengo claro que la vida no me va a alcanzar para hacer todo lo que deseo.

No soy una erudita, tampoco sabia, ni la única bonita. Tengo un chingomadril de complejos no superados. Soy súper insegura, y cuando el miedo me invade, pierdo.

La vida me ha enseñado a reconocer la miseria humana, a identificarme con el dolor y el sufrimiento de muchos y muchas, a sentir la empatía y la sinceridad de los que practican los valores universales que divulgan. Amo los corazones que vieron mi cuerpo y mi alma debilitados y me tendieron la mano.

Creo y siento que somos espejo, porque frente a ti me hermano con tus virtudes o chocan nuestros monstruos internos.

Así, con estos pensamientos, encontré a mis pocos hermanos: indígenas, mestizos y extranjeros, hombres y mujeres que con una

sola mirada me acogieron y con quienes me sentí segura.

Vivo en una sociedad que, en ocasiones, me aplasta con su agresión. Tengo que hacer esfuerzos físicos y mentales para no responder a ella y volver a levantarme, porque estoy convencida de que la violencia genera violencia, pero hace mucho tiempo que me des-hice del traje de sumisión.

Ya salí de la madriguera donde las ratas me muerden y esperan sólo el momento más frágil para devorarme. Su energía aún choca con la mía, pero estoy mucho más fuerte e íntegra para verlas de frente sin que su sola presencia tome espacio en mi vida.

Me siento orgullosa de no volverme como muchos de ellos porque, como alguna vez leí, o tal vez alguien me lo dijo, o yo me lo inventé: "El sufrimiento tiene tres funciones en nuestra vida: nos vuelve justos, nos deja incapacitados o nos vuelve unos hijos de la chingada".

Tengo la autodeterminación de tomar el primer camino. Aquí y ahora me quedo con la verdadera lucha por la dignidad, la libertad y la justicia.

A mi regreso también me encontré con mis pequeñas sobrinas. Ellas me dieron una visión más amplia del tiempo que había pasado lejos.

Imagino que para estas fechas mi madre ya habrá hablado de todos los destrozos y tristezas que provoqué con mi llegada, de la locura incomprendida con la que había vuelto, así como de los grandes sentimientos de culpa y angustia que siempre está viviendo.

Mi alma y mi espíritu se sentían un poco mejor alejados de la vida hostil de la gran ciudad, pero me inquietaba la necesidad de comenzar a construir una nueva vida basada en mi proyecto, adaptada a mi necesidad, a mi contento por crecer aprendiendo y a las necesidades de mi pequeño.

Una de las experiencias más difíciles de mi vida ha sido perder la independencia; la carencia de un espacio propio, acorde a mis

necesidades, gustos y tiempos, me ahoga.

Me encontraba en un lugar ajeno, donde la buena comunicación tiene barreras; sin embargo, mi consuelo llegaba poco a poco en ese pequeño Chiapa de Corzo y su gente de fiesta y color. Allí tuve mi primer reencuentro con mi única hermana.

Hemos estado juntas desde mi nacimiento, jugamos, competimos y peleamos toda la infancia y la adolescencia, sin embargo, siempre me fue, al igual que mi hermano, desconocida.

Hasta ahora lo son. Con mucha dificultad lograría escribir una cuartilla sobre lo que conozco de ellos, quiero decir, de su vida íntima, de sus sentires.

Desde la niñez los he considerado herméticos, ajenos a mis gustos e intereses y casi nunca armonizamos.

En cuanto a mi hermana, siempre fuimos como el agua y el aceite. Decían todos y todas: la blanca y la negra, la sonriente y la jetona, la seria y la loca, la dedicada y la descuidada, la bonita y la fea, la mojigata y la puta, la estudiosa y la burra, y así, con todas esas etiquetas impuestas, se fueron generando océanos de distancia entre nosotras. Océanos en los que, en este tiempo, en esta circunstancia, hemos ido nadando para reencontrarnos, conocernos y saber que estamos presentes la una para la otra.

Hemos hablado mucho; ella con su carácter frío y distante, yo con mi pasión de artista y mi sentimentalismo. Juntas empezamos a descubrirnos, a conocernos y reconocernos en nuestras realidades frías y dolorosas. Juntas empezamos a construir complicidades que tal vez siempre estuvieron presentes, pero muy ocultas.

Así, devastada, a los treinta y dos años, descubrí lo que significa tener una hermana.

No conozco la catástrofe de una guerra armada, pero a veces siento que el cataclismo del alma, cuerpo, mente y espíritu es el mismo.

Ahora pueden empezar a comprender que estoy medio paranoica. ¿Cierto?

La etiqueta de “loca” de mi infancia comenzó a agradarme cuando me atreví a analizar mi vida, a discernir mis bloqueos psicológicos, a deshacerme de culpas descubriendo mis cualidades, capacidades y habilidades.

Descubrí mi potencial creativo para convertirme en una mujer auténtica y en artista autodidacta.

Para mí, el arte es más que corrientes artísticas, estilos, nombres de celebridades que lo único que hacen es heredar luctuosamente una aglomeración de datos para un constante bla-bla del egocentrismo humano; es más que la exposición y apoderamiento de obras maestras en museos a los que no toda la sociedad tiene acceso.

Me gusta pensar que la reproducción de belleza no es exclusiva de los seres humanos. Las aves con sus trinos hacen cantos, los peces danzan, las flores decoran con sus múltiples formas y colores, el ser humano hace arte y artesanía.

Este maldito sistema neoliberal también se apoderó del arte.

No estoy de acuerdo con quienes creen que la expresión artística se aprende asistiendo a la academia. Si el interesado o interesada ha perdido su creatividad inherente, sólo estará copiando técnicas y transformando ideas que, por supuesto, podrán ser vendidas a un alto costo si su “obra” tiene un buen marketing. Y así se corre el riesgo de crear objetos vacíos. Fin del arte.

Considero que los y las verdaderas artistas somos aquellos y aquellas que no perdimos el don de plasmar, desde lo más íntimo de nuestros sentimientos, pensamientos y emociones de una manera creativa, viva, estética y hermosa. Somos aquellos y aquellas que disfrutamos creando sin que nuestro objetivo principal sea el reconocimiento y la admiración de nuestra obra. Si éste es el objetivo de hacer arte, entonces la obra se convierte en un objeto para mantener carencias, levantar la autoestima o exaltar nuestra hegemonía. Pienso.

Creo que si Picasso, Dalí, Miguel Ángel, Rafael, Frida o Diego están ahora en los museos y pueden ser admirados por todo el mundo, es por razones simples: tenían la posibilidad económica para dedicarse a pintar y estudiar de tiempo completo, y muchos y muchas tuvieron la oportunidad de codearse con la burguesía.

Seguramente hay excepciones, pero no muchos de estos y estas artistas están —o estaremos— vigentes en el Louvre, el Prado, el Metropolitan o el Museo de Arte Moderno de México.

Estas reflexiones llegaron a mí cuando visité los museos de París y me encontré frente a las obras maestras de artistas reconocidos mundialmente. París no sólo conserva obras glorificadas de hombres célebres. Todas sus calles, puentes, iglesias y edificaciones están impregnados de expresiones de seres humanos, muchos de ellos desconocidos.

Estoy segura de que el arte más puro es el que se produce durante la infancia, y yo me siento afortunada de conservar en mí eso que mi terapeuta llama “imaginario original”.

Cuando escucho mi corazón, me gusta pensar que tengo algo de bruja, que soy los cinco elementos, y si soy un poco filósofa, puedo decir que lo que sé viene de la sabiduría que me ha dejado la vida.

Cuando plasmo mi arte, mis tempestades cesan con el viento, entro en armonía, me vuelvo contraste. Me transformo en arte.

¿Por qué las artes plásticas? Cuando mi ego crea a través de mis manos, me integro.

Por lo regular, no diseño lo que tengo que crear. Simplemente tomo la materia y la transformo, y durante esa transformación me pierdo en un mar de pensamientos, sentimientos y emociones que quedan plasmados en mi obra.

La mejor sensación que vivo cuando termino una obra es abstraerme de mi infinito, regresar a tierra firme para explorarme, asombrarme y admirarme.

Me retroalimento para no caer en una voracidad artística de re-conocimiento. ¿Por qué exhibo mi arte? Mentiría si digo que soy la

excepción universal y que no me agrada que mi obra sea admirada, pero, con seguridad, no estoy buscando el reconocimiento de mi obra, pues estoy satisfecha con mis frutos.

Además, en este pinche mundo hasta respirar cuesta, y tengo el mal hábito de comer tres veces al día; de algún lado tendrá que salir el pinche dinero.

Terminaré diciendo que siento que las y los verdaderos artistas en esta época de crisis somos aquellos que buscamos alzar la cabeza compartiendo nuestros dones, creando entre el pueblo, con el pueblo y para el pueblo.

UNAS DENUNCIAS MÁS PARA EL ARCHIVO
DE LAS "AUTORIDADES" RETRÓGRADAS, ARBITRARIAS,
ABSURDAS, SIN PROCESOS VERBALES, JUICIOS, NI VEREDICTOS

(Denuncia pública durante la marcha del Movimiento Independiente de
Mujeres, 8 de
marzo de 2007, "Día Internacional de la Mujer", San Cristóbal de las Casas,
Chiapas)

Mi nombre es K.M. Soy madre monoparental de un pequeño de cuatro años.

Mi denuncia el día de hoy es para informar y prevenir a la sociedad toda de los abusos de poder, explotación, violencia psicológica, física y abuso infantil de los que hemos sido objeto en esta ciudad.

Llegué a San Cristóbal de las Casas el mes de noviembre de 2005, después de cinco años en el extranjero. La primera dificultad con la que me encontré para reintegrarme a mi cultura fue el estigma de ser mujer y madre monoparental; luego, a la falta de apoyo social y de salarios justos, así como a la carencia de guarderías de calidad. Las que existen cobran precios elevados en comparación con los salarios ofrecidos, y tienen horarios reducidos.

Encontrarme en una sociedad violenta, donde la mujer no goza de sus derechos, agravó el choque cultural normal después de tantos años

fuera de mi país, lo que hizo más difícil la reintegración a mi tierra.

Con suerte logré ubicar a mi pequeño en un espacio seguro donde encontré apoyo íntegro que me permitió moverme con un poco más de seguridad y donde mi hijo no sólo puede gozar de una educación de calidad, sino también recibir una alimentación sana.

Mi primer empleo fue como recepcionista en el Hotel Posada Real, y ahí me encontré con la explotación descarada de empleados y empleadas. El salario es exageradamente bajo y no podía cubrir con él mis necesidades básicas.

El Hotel Posada Real estaba en renovación para su apertura próxima y los empleados estábamos obligados a realizar actividades fuera de los servicios contratados.

Instalaron cámaras de video para acosar a los empleados, con el pretexto de proporcionar seguridad a los huéspedes.

La actitud de los directivos era impositiva y arrogante. Una vez co-menzada mi labor como recepcionista, el Hotel Posada Real no consideró dentro de mis horarios la hora justa de comida, me obligaban a estar de pie toda la jornada y a trabajar tiempo extra.

El lugar llamado "comedor", instalado para los empleados, era súper reducido, con mobiliario viejo, sin ventilación y oscuro.

Envié una carta en la que hacía explícita mi inconformidad, reclamaba mis derechos laborales y el pago de mis horas extras. La respuesta del hotel fue la expulsión, con el argumento de "no convenir a la empresa".

El último día de empleo, el Hotel Posada Real intentó intimidarme para que firmara una carta de renuncia. Al negarme, fui acosada y agredida físicamente.

Puse una demanda por fraude y violencia, gracias a la cual obtuve sólo el monto adeudado, con esto quedó cerrado el caso y los cargos por violencia, impunes.

Los administrativos de la Procuraduría son machistas, intimidantes e ineficientes.

Mi siguiente denuncia es contra el doctor M, quien con la excusa de estar desahuciado y valiéndose de sus conocimientos como neurólogo, viola la integridad de mujeres, niños y niñas.

El consultorio del doctor M se ubica en la calle Crescencio Rosas,

donde me vi envuelta en un juego perverso que, como resultado, me dejó ciega durante dos semanas, ya que el doctor M metió mis lentes de contacto en líquido para esterilizar instrumentos quirúrgicos. También ejerció violencia psicológica y acoso sexual contra mi hijo, quien aún se encuentra en proceso para asimilar lo vivido.

Dicha situación me provocó un gran sentimiento de culpa que me impidió denunciar los hechos.

Mi última denuncia es contra la escuela Jean Piaget y la psicóloga EC, quien abusa de su conocimiento para manipular y explotar a las personas. Hasta hace pocos días trabajé en ese lugar y nunca me dieron garantías laborales, a pesar de haberlas solicitado por escrito.

La psicóloga educativa EC ejerció violencia psicológica en contra de mi persona al mostrarse indiferente y al aprovecharse de mis necesidades personales.

El 14 de febrero pasado, después de un incidente con un alumno, en el que intenté intervenir para resolver el conflicto entre el alumnado, fui expulsada con el pretexto de haberme “saltado” la posición del director académico, lo cual refleja una actitud machista de su parte.

La situación fue absurda, pues se habló de la buena calidad de mis servicios. Se hacen publicidad con mi trabajo al anunciarse como una escuela creativa, yo realicé un proyecto de arte para integrar a alumnos y alumnas.

Hasta la fecha, la situación no ha sido resuelta, el Jean Piaget no ha regulado mi situación laboral y me adeuda mi aguinaldo y mi liquidación.

Esto es un llamado a la conciencia de la sociedad, en la que la mujer mexicana continúa gritando su sufrimiento en sus hogares, el trabajo y la comunidad sin ser escuchada. Esta sociedad machista nos acosa sexualmente y nos hunde en el miedo y la violencia constante con un sistema hipócrita, corrupto, ineficaz e indiferente.

En especial, es un llamado a las mujeres para unirnos en la lucha continua por nuestros derechos, la de nuestros hijos e hijas, por una vida digna.

Las personas que laboran en el Ministerio Público y en Conciliación y Arbitraje carecen de ética y valores universales. Son

cí-nicos, holgazanes, insensibles, indiferentes, ilícitos, corruptos, ¡peor que cerdos! La ley sigue amparando a los violadores de nuestros derechos.

La primera vez que me presenté en el Ministerio Público para denunciar la violencia en el Hotel Posada Real me encontré con un “abogado”, sentado descuidadamente, viendo la televisión y enviando mensajes por su celular mientras yo intentaba hablar con él.

El “abogado” de Conciliación y Arbitraje, un gordo que más bien parece cantante de música norteña barata, y la “asistente” se encargan de estresarnos con sus obstáculos.

Los citatorios para los patronos violadores deben ser entregados por los agraviados. Se negaron completamente a levantarme el acta pública que yo solicitaba, pues no estaba dispuesta a aceptar el dinero que me ofrecían. Dieron tiempo para que el patrón buscara artimañas miserables para “defenderse”. Me hacían ir una y otra vez a sus oficinas.

Mientras tanto, los directivos del Jean Piaget nunca se presentaron. A los citatorios fueron dos jóvenes abogadas inexpertas, con una carencia de autoestima impresionante que las convierte en dos cerdas inmundas que disfrutaban con burlarse de los otros y las otras, sin darse cuenta de que son utilizadas por una módica cantidad de dinero que les permite vestirse a la “moda” y sentir que existen.

El gasto de energía fue enorme y me vi obligada a aceptar y firmar que el patrón no me debía nada. Defender mis derechos en este país es increíblemente desgastante.

Envié mi denuncia pública a varios periódicos por correo electrónico. Me fue contestada por CA jr., de un periódico local, quien haciendo uso de su poder y protegiendo sus intereses (los hijos de CA estudian en este lugar), deshonra mi persona y suelta un discurso que habla del “alto nivel educativo para niños y niñas súper dotadas” de esta escuela primaria, donde lo único que encontré fue una instrucción carente de un diseño educativo que ayudase a los niños y las niñas a decidir sus acciones y a formar individuos críticos, autó-

nomos, libres y singulares en la que no se aceptaba la contradicción y la diferencia. Un espacio sin compromiso social, donde el juego se utiliza como un distractor más que como herramienta lúdica. Los niños y las niñas están abandonados a su suerte en una “escuela” desordenada, sucia y con “profesores y profesoras” que trabajan con intereses propios. Además, en esa nota de prensa sólo hablaba de mi situación laboral y de mis derechos co-mo trabajadora.

La escuela Jean Piaget retrasa constantemente los pagos quincenales, nunca me hicieron un contrato y no gozaba de las prestaciones sociales de ley.

Estos... ¿seres humanos?, como la mayoría de los que trabajan en estas “casas de degradación”, despiden machismo por sus poros, y las mujeres adoptan aires de prepotencia. Todos y todas se permiten disminuir, juzgar, ignorar y, por tanto, banalizar las denuncias de los ciudadanos.

Escuché y vi cómo las declaraciones en el Ministerio Público son manipuladas, y las verdaderas víctimas no reciben su número de denuncia; tampoco les dan información sobre su seguimiento.

Es ya un error que los denunciantes no escriban sus declaraciones.

Sería interesante que hubiera apoyo jurídico profesional e independiente, gratuito y abierto a toda la ciudadanía para que nos apo-yara durante estos procesos.

Las ONG que existen, o que conozco hasta ahora, sólo brindan apoyo en casos de “extrema violencia”, y el Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas (CDMCH) se concreta a mujeres y tienen mucha carga de chamba.

¿Abro mucho la boca? Soy conflictiva dicen por tener la capacidad de ejercer mis derechos.

D Y LO DEMÁS

Hoy es 14 de octubre de 2007. Vivo en un pequeño apartamento con mi familia. Debo decir que desde hace mucho tiempo no me

sentía tan feliz.

Recuerdo la primera vez que vi a D. Me encontraba desesperada fumando un churro frente a la computadora en el apartamento que él compartía con algunos de sus amigos y amigas. D apareció en la puerta del cuarto contiguo. En tono serio y frío, con rostro medio adormilado, dijo: "Tan temprano y ya estás fumando".

Me quedé inmóvil, me dio un mal viaje y me levanté para regresar inmediatamente a casa.

La segunda vez que lo vi fue en una reunión de amigos. D venía acompañado de una mujer, no hablamos nada, sólo le pedí cigarros que D compartía con una gran sonrisa y levantando los hombros.

No recuerdo el día en que me lo presentaron. Maldito ángel caído del cielo.

En alguna ocasión lo topé en la calle. Yo venía acompañada de mi madre y mi hijo, nos saludamos, los presenté. Mi pequeño Camino Luminoso me dijo en una pequeña frase: "¿Ya viste, ma-má?, ese sí es un hombre".

Creo que en otras dos ocasiones nos cruzamos por las calles de Sancris. Hasta aquel día en que buscaba exasperada a alguien que quisiera unirse a los talleres para niños y niñas que en ese entonces organizaba, porque la persona con quien había comenzado la idea me dejó colgada.

Recuerdo a D sentado en el sillón rojo de la antesala iluminada de aquel departamento sobre la Belisario Domínguez. Vine a saludarle y, sin mucho razonar, le invité a participar en los talleres. Él contestó con un rotundo y firme sí.

Los talleres pasaron sin mucha presencia de niños y niñas. Yo es-cribía a D pequeñas notas decoradas para comunicarle mis sueños, deseos y objetivos del trabajo con la infancia. Sueños que sien-to que nos unieron.

No buscaba conquistarle. Unos días antes había pensado que quería convertirme en una mujer solitaria después de tantas malas experiencias con el amor.

Un día, sin esperármelo, D me dio en mano una notita. ¡Una mal-dita y especial notita! Decía: “Me gustas mucho”.

¡Me dejó en trance! Por primera vez busqué mirar su rostro con atención hasta el otro lado, adonde se había movido.

El primer día de mi relación con D fue bastante singular. Tuve una crisis de miedo: ¡volver a amar! En verdad, temblaba como aquel perro que mi madre bañaba con agua fría sobre el lavadero del pequeño patio del departamento donde crecí.

Ese día está guardado en mi memoria. La ternura y delicadeza con que sus brazos acogieron mi miedo y acariciaron mi cuerpo fueron expresivos. Los cuidados de D, acompañados con la música tranquila durante esa noche, marcaron el comienzo de esta valiosa relación.

Junto a D he ido perdiendo poco a poco ese terror de volver a amar.

Estoy viviendo por primera vez una relación sana y civilizada. Sin pasiones desbordantes que me dejen en un éxtasis que me haga perder el sentido de la realidad.

Amo a un hombre frágil, sensible, tierno, empático, disponible, abierto; interesado en mi persona y sensible a mis procesos. Un hombre muy diferente de muchos que se han cruzado en mi camino.

A veces siento que intenta confrontar nuestros conocimientos con ese aire característico de los “intelectuales”. D es periodista, fotógrafo y diseñador, pero para mí eso es superficial cuando ese aire de prepotencia invade la relación. Me cierro y enmudezco porque toca una de las cicatrices más profundas de mi ser; ¿por qué me dolerá siempre la barrera que pusieron delante de mí y la oportunidad de instrucción académica superior?

Temo los debates intelectuales donde lo único que encuentro es una guerra de egocentrismos sin sentido. Temo las relaciones de po-der. No me interesan. Quiero seguir amando a D por su esencia.

Pero aquí y ahora sé que existen otras maneras, otros modos de adquirir sabiduría y conocimiento y basta con no dejar de utilizar el sentido común y la capacidad de asombro.

Sí, detesto a los “intelectuales-pose”. Tengo claras mis carencias y sé que tengo que enriquecer mis experiencias a través del estudio, pero lo que menos me interesa en mi vida es adquirir un vocabulario académico que me dé la posibilidad de debatir con gente pendeja a quien yo llamo “máquinas reproductoras de conocimientos”.

Hace no mucho tuvimos un conflicto durante el cumpleaños de mi hijo. Con descuido, D se dirigió de manera despectiva a “mi hijo”, y cuando esa frase sale de su boca, atraviesa mi ser.

Me confronté con la realidad de que D no tiene la capacidad de compartir mi felicidad de aquel día en que di vida a mi criatura, y eso me dolió.

Sé que no puedo exigirle revivir una experiencia que no le pertenece, a pesar de ello D intenta involucrarse más en la educación de mi hijo, y yo sólo espero que, con el tiempo, comprenda que el hombre que merece ser llamado padre es aquel que dedica tiempo y energía a su educación, que brinda amor, armonía y respeto durante la formación de un ser humano.

D está conmigo desde el recomienzo de esta lucha. Ni pensar que terminaría amando tanto a este hombre.

Creo que estamos en el punto de desenmascarnos y de conocer ese lado oculto y oscuro, entenderlo sin juicios que nos obstruyan para una convivencia armónica de pareja.

Junto a D he aprendido mucho de mí. Experimento otra manera de amar, más existente, más nítida, más pura... ¿por cuánto tiempo? No me lo cuestiono.

Con él vivo en el aquí y en el ahora.

UNA MUJER CON DIGNIDAD DELANTE DE UN HOMBRE JOVEN, INDÍGENA, VÍCTIMA
Y UTILIZADO POR EL SISTEMA

El dolor me dejó inerte, torturada, confusa, borrosa, pero mi negación al sufrimiento me abrió la oportunidad de florecer en otro tiempo y

espacio. ¡Nunca más una víctima!

Yo, bajo mi propio derecho, hago esta denuncia pública para declarar que tanto yo como mi hijo menor de cuatro años fuimos víctimas de violencia el pasado sábado 29 de septiembre de 2007. Aproximadamente a las 2 de la tarde, en la salida principal de la tienda Milano ubicada en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

El Sr. X, controlador que labora en la tienda Milano, me pidió que dejara mi bolsa en la entrada. Después de negarme, bajo mi propio derecho, fui acosada por otros controladores, quienes me siguieron durante mi compra.

Después de pagar mis artículos y dirigirme a la puerta principal de la tienda, el Sr. X me detuvo sin motivos para revisar mi bolsa, y al negarme, bajo mi propio derecho e intentar salir nuevamente, el Sr. X me tomó de los hombros y me empujó, bloqueándome nuevamente la salida de la tienda. Al exigirle que no me tocara (quitando sus brazos de sobre mis hombros), que nos dejara salir e indicarle que no tenía derecho a tocarme ni motivos para detenerme ni para registrar mi bolso, el Sr. X sacó, de manera intimidante, el tolete que portaba y amenazó con golpearme.

Mi hijo, al ver dicho proceder del Sr. X, se movió de mi lado en crisis de nerviosismo y llanto para resguardarse en el costado derecho de la salida.

Acuso al Sr. X de ejercer violencia física al empujarme de los hombros para bloquear mi salida sin motivo alguno. Acuso al Sr. X de ejercer violencia psicológica, ya que, al abusar de su poder y amenazarme de agresión física con el arma que portaba para su auto-defensa, agredió mi integridad emocional y la de mi hijo de cinco años al infundir miedo.

Acuso a la tienda Milano de tomar medidas represivas de seguridad, ya que el Sr. X hizo mención en repetidas ocasiones de estar "haciendo su trabajo".

Acuso al Estado por consentir dichas medidas represivas, ya que un policía del Ayuntamiento se presentó después de que mi compañero solicitó su presencia, aproximadamente a las 3 de la tarde, y se negó a levantar un acta bajo pretexto de que él no había visto nada.

San Cristóbal de las Casas, a 29 de septiembre de 2007

Llamé por mi celular a mi compañero y a dos de mis amigos; por suerte tenía crédito. Uno de ellos me proporcionó teléfonos de una persona que trabaja en la defensa de los derechos humanos, y de otra que está en defensa de los derechos de la mujer. Me comuniqué en ese momento. Nadie me respondió.

Estoy preocupada por las reacciones de mi hijo después del impacto psicológico que recibió ese día.

Ser tolerancia cero, para mí, es saber que la violencia no tiene grados porque lastima siempre nuestra integridad mental y física.

Hoy, durante las agresiones de este macho, mis piernas comenzaron a temblar y tuve miedo, pasé de la cólera a la frustración al ver que tal violencia repercutió en mi hijo. Me defendí, me exalté y le grité al tipo en su cara que no me tocara, que me dejara salir. Le indiqué que lo que hacía era injustificado, le llamé ignorante y macho de mierda. ¡No me van a salir con que esto es un agravio para ese pobre hombre!

¿Lo provoqué al negarme a dejar mis pertenencias en la entrada de la tienda? ¿Toda la población somos sospechosos y criminales? NO, no, ya sé: ¡una mujer con huevos les insulta!

Sí, provoqué su complejo de superioridad por pertenecer al "sexo fuerte": durante el forcejeo sostuve su mirada desafiante durante largo rato.

Me pregunto: ¿qué tipo de emociones y sentimientos experimentan al darse cuenta de que una mujer no baja la mirada?

Después de la experiencia, me siento nuevamente muda, como siempre ante situaciones que me provocan miedo, pero estoy viviendo de forma consciente la manera en que mi cerebro reacciona.

Tengo ganas de llorar, pero mis lágrimas salen a gotas lentas; poco a poco, imágenes de lo sucedido regresan y siento este salir de lágrimas como un "desahogo automático", porque en cuanto

terminan me siento mejor. Cuando dibujo, pinto o moldeo, la vía es menos dolorosa.

Hoy, aprovechando que estoy en esto de escribir mi autobiografía, mi vida, escribo esto para restablecer mis energías, volver al equi-librio y desactivar esta mala experiencia. Denunciaré estas agresiones como seguiré denunciando la violencia hacia las mujeres en México.

VOCIFERADO

Al terminar de volver a leer esto, quiero irme volando con mi hijo a Montreal, presentarme en las oficinas de Inmigración de Canadá, frente a la mujer que firmó la decisión de expulsarme argumentando que se me niega la residencia por no haber trabajado durante mi estancia en esta ciudad (por negarme a ser una esclava del sistema, diría yo), a pesar de tener con ella documentación jurídica y judicial del Palacio de Justicia sobre la denuncia contra mi ex marido por violencia doméstica, trámites de divorcio, constancias de mis procesos de desvictimización y terapéuticos, argumentos válidos sobre la posibilidad de agresiones a la integridad de mi hijo en este país, apoyo de centros comunitarios quebequenses que hablan de mi integración a su sociedad y del peligro de reintegrarme a una sociedad de machos.

Quiero preguntarle: ¿por qué fui deportada del país después de entregar en las oficinas de Inmigración documentación legal que comprueba que no podía salir en el tiempo establecido por encontrarme en procesos jurídicos de divorcio y una solicitud a la Corte para dejar el país con mi pequeño de dos años sin arriesgarme a ser acusada de secuestro infantil?

La perversidad del ser humano me ha marcado, tengo sellos profundos en el alma, confieso que vivo con un circuito integrado de alerta que, al mismo tiempo, me oprime.

Ahora estoy consciente de él y quiero aprender a controlarlo, desarrollar más mi asertividad.

Manifiesto con mucha tristeza que desconfío de la gente, que ya olvido que la raza humana somos naturaleza, la huelo, la distingo desde muy dentro.

No soy una celebridad ni busco serlo. Mi vida, con seguridad, no es una excepción; habrá miles de vidas más trágicas que la mía.

Solamente busco el camino para vivir de mis capacidades, de mi potencial intrínseco, entre seres humanos verdaderos. Corredme de este infierno a un lugar, un espacio cualquiera que me permita vivir. No quiero seguir en esta sociedad de máquinas donde la ma-teria más cotizada es la humana y la concepción de los derechos humanos es una utopía o un utensilio para tener una chamba, pa-rra seguir consumiendo en este mundo caótico.

Lo único que deseo con todas mis fuerzas es mi libertad para tener una vida justa y digna para no perder mi condición natural.

Sólo quiero volver a ser viento, agua, tierra y fuego, porque vi-vir entre la mala gente me lastima, su deseo de poder me da asco, porque con esa ambición de conocimiento y poder económico lo único que han logrado es destruir la naturaleza y, por lo tanto, la raza humana. Me niego a ser tóxica y provocar dolor cuando este velo me cu-bre, me bloquea, me desquicia. Me niego a vivir en la inconsciencia.

No permitiré que el dolor me endurezca y me transforme porque estoy consciente de que la única culpable de estos disturbios míos se llama violencia estructural, el único culpable de la violencia estructural se llama sistema capitalista neoliberal.

Seguramente todo lo que aquí escribo no es nuevo. Sé que no estoy descubriendo el hilo negro, tampoco soy una ilustrada ni mucho menos cultivada.

Tengo gusto por la capacidad de asombro, me deleita descubrir la vida, mi vida, a través de lo ya creado o inventado.

Hoy en especial no estoy para más miserias en mi vida. No, la vida con seguridad no se me está volviendo color de rosa. Eso sí que es una fantasía.

Estoy justamente en la puerta de mi propia misión y visión de vida.

Trabajar con la humanidad, por la humanidad y para la prosperidad de la vida.

Contribuir con un diminuto grano de arena para que la sensibilidad no siga muriendo.

No, no creo que pueda enseñarles a vivir de otro modo, sólo me gustaría seguir creciendo juntos y juntas, hacer un mundo de ideas que fertilice esta tierra moribunda.

¿Quién soy? Soy las etiquetas que elegí conservar de mi camino: soy una loca, una testaruda, una rebelde. También soy las etiquetas que, a partir de ahora, decidan ponerme: prepotente, simpática, odiosa, carismática, presuntuosa, sencilla, fría, cariñosa, solitaria, individualista, pacifista, ambientalista, activista, terrorista... ¡o yo que sé!

En lo personal, me gusta creer que llevo la etiqueta de artista y humana.

La fortuna más grande que poseo es mi persona íntegra, porque dentro de ella guardo mi mente, mi espíritu, mi cuerpo y mi alma, porque mi mente conserva mi imaginario original y mi sentido común que me permite llegar a la creación a través de la sensibilidad que me inyecta mi espíritu y que da movimiento a mi cuerpo para que mi alma trascienda, no para que todos y todas me recuerden, me conmemoren, me honren, me evoquen o me adoren. Simplemente por vivir siendo parte de la naturaleza.

San Cristóbal de las Casas, 20 de octubre de 2007